SS SERVICIO SECRETO

EL SEPTIMO INFIERNO

silver kane



EL SEPTIMO INFIERNO



SILVER KANE

EL SEPTIMO INFIERNO

C. SERVICIO SECRETO n.º 799
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 25556 - 1965
Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: noviembre 1965

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 6.445/65

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
934 — La lejana voz del «Colt».

En Colección SERVICIO SECRETO:
796 — Morir suavemente.

En Colección TEXAS:
451 — La viuda de Satanás.

En Colección KANSAS:
386 — Los diablos nunca mueren.

En Colección BUFALO:
624 — Los ojos del buitre.

En Colección ASES DEL OESTE:
332 — Llegó para matar.

En Colección PUNTO ROJO:
181 — Cita en el más allá.

En Colección METRALLA:
49 — ¡Os ordeno morir!

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:
143 — El hotel de las brumas.

En Colección BRAVO OESTE:
220 — El jinete de nebraska.

En Colección ARCHIVO SECRETO:
84 — Las zarpas de la noche.

En Colección COLORADO:
409 — Los caballistas.

En Colección CALIFORNIA:
459 — Vendo mi cadáver.

PRIMERA PARTE

UNO

El hombre se acercó a la ventana y puso la mano derecha sobre la cinta que servía para elevar la persiana metálica. Cerró los dedos sobre ella, pero no llegó a tirar. La voz, a su espalda, dijo:

—Será mejor que no hagas eso.

El hombre se volvió. Vio a la mujer sentada en el brazo de una de las butacas. Había cruzado las piernas y reposaba descuidadamente. Tan descuidadamente que una carrera que llevaba en la media izquierda, casi se veía en toda su extensión.

Pero esas eran cosa que no importaban ahora, que pertenecían al Más Allá.

Sobre el regazo de la mujer descansaba una taza de café humeante.

—Será mejor que no lo hagas —repitió.

—¿Por qué? La ventana da al jardín.

—Pero no ha amanecido aún, y puede llegar gente todavía. Esta es una de las pocas ventanas Iluminadas. No hagas eso.

—Bien.

El hombre se sentó en uno de los brazos de la otra butaca, y la miró fijamente.

—Me siento incómodo —dijo.

—Lo comprendo. Esta ropa... Siempre te ha sentado muy mal el negro. Hace... No sé cómo decirte. Es horriblemente solemne. Es funerario.

—Sí.

La voz del hombre vestido de negro era desmayada. Parecía venir desde muy lejos.

—Es insoportable —susurró.

—Lo comprendo.

Mejor lo comprendo yo, que estoy al otro lado de la frontera.

Las manos del hombre, muy blancas y delgadas, parecían temblar.

—Ahora me fijo en tus manos —susurró ella—. Han cambiado en poco tiempo. Son horribles...

—¿Te doy miedo?

—No; Percy. ¿Cómo vas a darme miedo tú? Pero creo que nunca había visto unas manos tan extrañas como las que tienes esta noche.

—Es natural, ¿no? Llevo ahí un día entero.

Señalaba sin moverse, hacia el fondo de la habitación.

Sus ojos brillaban, quietos, extraños y lacerantes, a la luz temblorosa de los cirios.

—Y yo llevo un día entero mirándote, Percy.

—Sí. Eres mi única compañía. Por eso necesito hablarte, estar cerca de ti...

Fue a levantarse del brazo del sillón y a acercarse a la muchacha. Ella hizo un vivo movimiento de retroceso.

—No, no te acerques...

—¿Será cierto que tienes miedo?

—Te juro que no lo tengo.

—¿Crees que desde el sitio donde estoy, puedo creer ya en los juramentos?

—Piensa lo que quieras.

Yo ya no pienso.

—Percy...

Él se quedó quieto, mirándola.

Sus ojos extraños y lacerantes a la luz temblorosa de los cirios...

—Percy —continuó ella en voz baja—, no puedo creer que sea cierto lo que ocurre. Que yo esté hablando contigo...

—En realidad, nadie lo creería.

Ella bebió un sorbo de café. Sus manos temblaban.

—Cuidado; vas a derramarlo.

—Siento no poder darte. En el otro lado de la frontera ya no lo necesitas.

—No.

—Percy...

—No me nombres con esa voz.

—Es que estoy muy nerviosa... Tengo ganas de que amanezca.

—¿Qué hora es?

—Las cuatro de la madrugada.

—No sé por qué lo he preguntado —susurró él, moviendo la cabeza—. En realidad, ¿qué me importan a mí las horas?

—A mí sí. Porque cuando se te lleven... será horrible.

—Esa palabra ya no tiene sentido para mí —dijo Percy.

Sus labios estaban un poco crispados. Sus manos, muy blancas, temblaban.

—No tiene sentido —repitió.

Dio un cuarto de vuelta y regresó poco a poco al fondo de la habitación, de donde había surgido poco antes.

Existía allí un lujoso ataúd de caoba con acolchados y almohadilla de seda roja. Cuatro cirios encendidos parecían montar guardia en los cuatro puntos cardinales de la caja.

Percy se introdujo en ella, cerró los ojos y cruzó las manos sobre el regazo. Unos segundos después, su quietud era absoluta, mortal, definitiva. La quietud que solo existe al otro lado de la frontera, al, otro lado del Bien y del Mal, al otro lado del Más Allá. Su quietud y su rigidez producían como una sensación de frío en la espalda.

Ella se lo quedó mirando, ensimismada, absorta, con los ojos dilatados.

Nadie hubiera sido capaz de adivinar lo que pasaba por detrás de aquellos ojos.

La puerta de la habitación se abrió poco a poco, con un chirrido, y una mujer de mediana edad entró sigilosamente.

—Magda...

La joven que había estado hasta entonces en la habitación, la de la extensa carrera en la media, se volvió a mirarla.

—¿Qué hay?

—Debes estar cansada. ¿Por qué no le vas a dormir?

—No tengo sueño.

—¡Pero si llevas casi veinticuatro horas a solas con el cadáver!

—No estoy cansada.

Hablaban sigilosamente, como se habla en presencia de los muertos.

La mujer de media edad contempló el cuerpo yacente y luego a la muchacha, a Magda. Sus ojos pequeños brillantes recelosamente detrás de las gruesas gafas.

—Oye. Magda...

—¿Qué?

—No le sepa mal, pero deberías acostarte. Todo esto te perjudica mucho, mucho. Enormemente.

—¿Por qué piensa eso?

—Perdóname, pero... pero juraría que te he oído hablar hace unos instantes. A la fuerza tenías que estar charlando sola. Cuchicheabas con una voz extraña, silbante, que no parecía tuya.

—¿Por eso ha entrado?

—Sí, Magda. A ninguna mujer joven le conviene estar veinticuatro horas encerrada con un muerto.

—Pero a mí no me ocurre nada. Me siento muy tranquila...

—Sin embargo, hablabas.

—Se equivoca. ¿Con quién iba a hablar? ¿Es que quiere asustarme?

—Precisamente quiero todo lo contrario, Magda: tranquilizarle... ¿Por qué no vas a llevar a la cocina tu taza de café?

—No la he bebido aún.

—Mejor. El café en nada va a favorecerte.

—Bueno...

—Y haz una cosa: el doctor ha dejado en la cocina un tubo de pastillas calmantes. Son unas pastillas en un tubo rojo. Tómate una y siéntate en una butaca, con los otros, aunque no quieras dormir. Pero no cometas más la locura de permanecer a solas con el muerto.

Magda se encogió de hombros débilmente, muy débilmente, como si no tuviera fuerzas.

—Está bien —concedió—. Voy a la cocina.

Salió de la habitación y pasó a la contigua, una gran sala donde había

reunidas cuatro personas, dos mujeres y dos hombres. Los cuatro presentaban ese aspecto silencioso y taciturno que suele tenerse en los velatorios y en los depósitos de cadáveres.

Vieron pasar a Magda con miradas lejanas e indiferentes. Los hombres ni desviaron los ojos, a pesar de que la chica llevaba ropas ceñidas y exageraba más sus formas con aquel caminar indolente.

La mujer de media edad entró tras ella y se estuvo quieta hasta que la vio desaparecer por la puerta que daba al pasillo y llevaba hasta la cocina. Sus ojos seguían brillando tras los gruesos cristales de las gafas.

Es horrible —musitó—. Horrible...

Uno de los dos hombres que aguardaban en la sala, levantó poco a poco la cabeza.

—¿Qué es lo que es horrible, señora Fremont?

—Lo de esa chica.

—¿Qué le sucede?

—No me diga que no lo sabe. Es cosa que todas sus amistades conocen.

—Yo no sé nada. ¿De qué se trata?

—Magda ha estado algún tiempo en una clínica mental.

—¿Por qué?

—Es una visionaria.

El hombre alzó un poco más la cabeza, aunque sin demostrar un excesivo interés. O más bien hizo que ese interés quedara disimulado, porque no es correcto interesarse demasiado por las cosas terrenas cuando uno está velando a un muerto.

—No entiendo —susurró.

—Pues es sencillo. Vi-sio-na-ria. Cree ver cosas que no existen, y oye palabras que no se han pronunciado jamás.

—¿Pero en la clínica mental no la curaron?

—Todos creíamos que sí. Sin embargo...

—Yo no he notado nada anormal dijo el hombre.

Una de las mujeres que estaban sentadas en la sala, junto a él, susurró:

—Las voces...

—¿Qué voces? —preguntó el hombre.

—Magda ha estado hablando sola —musitó la mujer de las gafas gruesas—. Usted estaba distraído y no ha oído el susurro, pero nosotras, sí. Por lo menos, ha hablado sola durante cinco minutos. ¿Y sabe lo que eso significa? Ahora debe estar perfectamente convencida de que ha sostenido una conversación con el muerto.

—No diga cosas que no tienen sentido, por Dios.

—¿Cree que me divierto diciendo esto? Magda es mi única sobrina... Mi único familiar, podría decir.

—Pero eso resulta horrible. ¡Sencillamente horrible! ¿No se puede hacer nada en un caso así?

—Sencillamente, he intentado lo único que estaba en mi mano:

procurar sacarla de ahí para que no pase tantas horas a solas con el muerto. No se movería de junto al ataúd. Parece hipnotizada.

—Yo —dijo otra de las mujeres, estremeciéndose oí decir una vez que los muertos hipnotizan.

—¿Pero no comprende? —susurró la de las gafas gruesas—. Percy, el muerto, y mi sobrina Magda iban a casarse...

—No sé cómo ha podido resistirlo. Esos golpes son espantosos para una chica tan joven.

—¿Pero de veras piensas que aún sufre alucinaciones? —preguntó el hombre que había hablado en primer lugar.

Era un tipo joven, fuerte, rubio, de ojos azul gris, vestido con un impecable traje color plomo.

—El susurro a través de la puerta no ofrece duda alguna. Yo estaba asustada. No sé cómo he podido dominarme, porque tenía ganas de gritar.

—Pues ella parecía perfectamente tranquila.

—No lo crea.

—Yo más bien diría que tenía miedo —susurró una de las mujeres—. Un miedo horrible, que estaba más allá de sus sentidos. ¿Ustedes no han notado lo que ocurre cuando tenemos tanto pánico que no podemos ni respirar? Entonces nuestros, movimientos son tan lentos que parece como si no nos ocurriera nada, aunque tengamos las cuerdas de la garganta rotas de tanta fuerza que hacemos para no gritar. Pues eso es lo que le ocurría a esa chica, a Magda. Estaba obsesionada. Si la dejan demasiado tiempo sola en la cocina, se volverá loca.

La señora Fremont suspiró:

—Dios mío...

Pero se advertía que era importante para resolver de algún modo aquella situación.

El hombre del traje gris plomo, dijo:

—¿Magda iba a casarse con Percy?

—Creí que lo sabía.

—No. ¿Cómo iba a saberlo? He estado dos años fuera de Nueva York. Ni siquiera sospechaba que Percy pudiera tener novia. Y ahora, al venir a verle me encuentro con... Bueno, me encuentro con que acaba de morir.

—Ustedes eran muy amigos, ¿no?

La que preguntaba era la señora Fremont, que continuó:

¿Dónde se conocieron?

—En el perímetro de Fusán.

—Eso me suena a Corea.

—Y no se equivoca. El perímetro de Fusán fue el lugar situado al sur de la península donde los del Norte acorralaron a los del Sur durante una buena temporada. Percy y yo estuvimos allí, en los servicios de munición de la flota. Más de una noche tuvimos que dormir sobre montañas de obuses con la espoleta puesta.

—Entonces Percy era ya capitán de navío, ¿verdad? —siguió preguntando la señora Fremont.

—Sí, y tenía por delante un brillante porvenir. Todos pensábamos que llegaría a ser algo, y en efecto lo ha sido. Lo terrible es que haya muerto cuando empezaba a triunfar de verdad. Ahora tenía el grado de contraalmirante, ¿no es así?

—En efecto —musitó la señora Fremont—, lo cual resultaba envidiable, a su edad.

—Y dígame, señora Fremont, ¿cómo es que vivía con usted? Esta es una casa de huéspedes respetable, pero modesta, y Percy debía ganar mucho dinero. ¿No estaba en los Servicios Especiales de la Armada?

—Así es —dijo la mujer calmosamente—. Pero, ¿dónde va a vivir un hombre solo, hasta que se casa? Percy no tenía familiares, y hubo de elegir entre un departamento en un cuartel de la flota y un departamento en una casa de huéspedes donde le trataran bien. Él se sentía a gusto aquí —añadió —, mientras esperaba casarse. Estaba muy enamorado de Magda, naturalmente. Porque Magda es una de esas mujeres de las que los hombres tienen que enamorarse por fuerza.

E hizo un gesto apoyando sus palabras, como si ella supiera por propia experiencia qué es lo que obliga a enamorarse a los hombres.

—¿Sabía que Magda había estado en una clínica mental por visionaria? —preguntó la otra mujer.

—Claro que lo sabía.

—¿Y no le importó?

—¡Oh, no! Yo diría que, por el contrario, le gustaban esas cosas. Frecuentemente hablaba del Más Allá y de lo que hay después de la muerte. Decía que a veces los muertos pueden comunicarse con los vivos. Sus conversaciones eran casi siempre así.

Y se estremeció, recordando de pronto que al otro lado de la puerta había un muerto. Y maldita la gracia que les iba a hacer, si este se ponía en comunicación con ellos.

Se produjo un momento de tensión, de miedo invisible, que pareció recorrerlos a todos, hasta que el hombre del traje gris plomo lo rompió con su voz:

—¿No está Magda demasiado tiempo en la cocina?

—Puede... puede que sí.

Pero nadie se levantó para ir a buscarla. Parecían darles miedo las habitaciones vacías de la casa.

El hombre del traje gris plomo se puso en pie.

—No debe estar sola. La traeré y le haré beber algo fuerte. Creo que lo necesita.

Fue hasta la cocina, que estaba al fondo del pasillo. Era una pieza grande, muy limpia, muy cuidada, teniendo ese esmero en todos los detalles que suelen poner las viudas como la señora Fremont, que aspiran a

ser limpias, ya que no pueden aspirar a ser bonitas.

Pero el hombre del traje gris plomo no se fijó en eso, sino solamente en la mujer.

La mujer lo llenaba todo.

Era extraño que no se hubiese dado cuenta antes de lo endiabladamente joven, de lo endiabladamente bonita, de lo endiabladamente tentadora que era. Había en ella algo de silvestre, de puro, de natural, que llamaba a los sentidos directamente. Tenía unos ojos de color gris claro sobre unos labios perversamente rojos. Tenía unas líneas como para marearse dibujándolas. Tenía una carrera en una media.

El hombre se detuvo en el umbral de la puerta.

—¿Quién es usted? —preguntó ella.

—Me llamo Clive.

—¿Clive qué más?

—Clive Sanders. Parece como si desconfiara de mí. ¿No me ha visto antes? Estaba en la habitación contigua.

—¿Por qué está aquí?

—Yo era amigo de Percy.

—Ya.

Todos los sentidos de la mujer estaban alerta. Clive tuvo la sensación de que gritaría, si él se acercaba un paso más.

—¿A qué ha venido? —preguntó Magda.

—No debe usted estar sola.

—¿Por qué no? Me he pasado casi veinticuatro horas a solas con el cadáver, sin que me ocurriese nada.

—Claro —la tranquilizó Clive—. ¿Qué iba a ocurrirle? Pero debe comprender que eso es perjudicial para una mujer joven. Su sistema nervioso ha sufrido mucho.

—¿Es usted médico?

—No; soy marino, como Percy. Pertenezco a los Servicios Especiales de la Armada. He estado dos años ausente de Nueva York, y al venir a verle, me he enterado de su muerte.

Ella no contestó.

Clive no quería hacerlo, pero se estaba fijando en su rostro, en la carrera de su media, en las líneas serenas y armoniosas de su cuerpo.

—¿Iban a casarse pronto? —preguntó en voz baja.

—Sí; dentro de dos meses.

—Ha debido ser terrible para usted. Crea que lo siento.

Nuevo silencio por parte de la mujer, que parecía encontrarse muy lejos de allí, en algún lugar remoto donde no podía acompañarla nadie.

—¿Sabe usted dónde enterrarán a Percy? —preguntó, despegando los labios al fin—. ¿Sabe qué harán con él?

—Percy no será enterrado, sino lanzado al mar dentro de su ataúd, como se hace con los marinos.

—Es consolador —dijo ella en voz baja.

—Yo también lo creo así.

—El mar es inmenso, es puro. No resulta triste como la tierra, que lo pudre todo. Yo sé que dentro de diez años, si vivo, miraré un día el mar y pensaré: «Percy está ahí, ahí...», sin sentir el estremecimiento de horror que siempre nos ocasiona una tumba.

Ahora fue Clive el que guardó silencio. La miraba. Se daba cuenta de que en aquella mujer había algo que las otras no tenían. Se daba cuenta de mil cosas que nunca podría confesar.

Y a continuación fue ella la que siguió hablando:

—De todos modos, yo veré a Percy —dijo con un soplo de voz—. Lo veré... Todos los días él estará conmigo.

Clive Sanders sintió un estremecimiento.

* * *

El día era brumoso y gris cuando el ataúd conteniendo a Percy fue lanzado al agua desde la borda del destructor ZV-26, adscrito a los servicios especiales de la Armada. Un grupo de «marines» formó, en el puente, la guardia de honor. Cuando el ataúd fue arrojado, varios fusiles crepitaron y las balas saltaron al aire. Algunas gaviotas, que buscaban la carnaza, croaron, asustadas, alejándose.

Empezó a lloviznar.

Clive Sanders, de uniforme, saludó desde el puente. Él se había encargado de todos los trámites y a él correspondía el último adiós.

El capitán del destructor cerró su libro de oraciones.

—Descanse en paz —dijo—. Asunto concluido.

En uno de los camarotes, mirando a través del ojo de buey, con los ojos llorosos, estaba Magda.

—La va a desembarcar enseguida, ¿verdad? —preguntó el capitán, mirando a Clive.

—Inmediatamente. Casi estamos a la vista de la estatua de la Libertad. Dentro de una hora habremos regresado al puerto, y ella desembarcará. Por cierto le agradezco mucho que haya permitido a la muchacha despedirse así de Percy.

¿Por qué no iba a hacerlo? No tiene que agradecer nada.

Un teniente veterano, ascendido a fuerza de años, se acercó pausadamente a ellos.

—Estaba bien lastrado ese ataúd, ¿eh? Se ha hundido como el plomo. ¡Cómo que dentro llevaba un ancla!

Los dos miraron al teniente.

Sus palabras les parecieron una observación de mal gusto, pero no dijeron nada.

Empezó a lloviznar.

DOS

La casa, situada cerca de Norwalk, al norte de Nueva York, tenía un aspecto triste y solemne, bajo las ráfagas de lluvia.

Era un caserón enorme, construido a finales del siglo diecinueve, y con el gusto recargado propio de la época. En los jardincillos situados cara al mar, habían docenas de estatuas: guerreros griegos, ninfas de la mitología escandinava, mujeres de pétrea desnudez a las que ya faltaba un pecho, un par de dedos, la nariz, a causa de los estragos implacables del tiempo.

La lluvia parecía llenarlo todo, desde el horizonte marino a las montañas bajas que había detrás de la casona.

El taxi se detuvo ante el sombrío edificio, en el patio sobre el que repiqueteaban las gotas de agua.

La señora Fremont asomó levemente la cabeza por la ventanilla, procurando no mojarse, y susurró:

—Aquí es.

Sobre la entrada principal del edificio, varias letras esculpidas en piedra componían la siguiente frase: «WHORTINGTON COLLEGE».

Magda, quieta en el interior del taxi, junto a la señora Fremont, musitó sin mirar:

—¿Y el hospital dónde está?

—Allí —señaló la señora Fremont, indicando un punto lejano—. Allí, tras las rocas. Un hospital junto a un cementerio. ¡Qué detalle de mal gusto!

Magda miró a través del parabrisas, por encima de las espaldas de los dos hombres que ocupaban el asiento delantero.

—Sí —dijo—; el hospital es también muy triste. Más triste que el colegio.

—Todo parece triste bajo la lluvia opinó la señora Fremont.

—¿Cómo se les ocurrió edificar un hospital aquí, tan cerca de un colegio donde solo se admiten niños menores de catorce años?

—El colegio es muy antiguo —explicó calmosamente la señora Fremont—. No hay más que verlo; parece arrancado de una estampa de la vieja Europa. ¡Ni que aún hubiesen vampiros en él! En cambio, el hospital fue edificado durante la guerra. Necesidades militares, ¿sabes? En esa época nadie se detenía a pensar si había un colegio cerca o no. A ese hospital eran traídos los marinos heridos en combate, y como muchos de ellos terminaban muriendo, se les daba sepultura en el cementerio cercano, cara al mar. Ahora el hospital pertenece a una sociedad particular que lo adquirió en 1947. Ya no hay marinos en él, sino enfermos de los nervios que necesitan largas temporadas de reposo. Es un lugar agradable, te lo

aseguro. Lo que ocurre es que ahora todo lo estropea la lluvia.

Magda susurró, con los ojos perdidos en el vacío:

—Esos pobres marinos fueron sepultados en tierra. ¿Por qué? ¿Por qué no se les dejó reposar bajo las olas, igual que Percy?

—No debes recordar tanto a Percy —dijo la señora Fremont, mordiéndose los labios—, puesto que él ya no aparecerá nunca más en tu vida, por desgracia. Y, en cuanto a esos marinos muertos hace años y años, ¿crees que tiene mucha importancia para ellos reposar bajo una losa, en vez de reposar bajo las olas? A Percy se le arrojó al agua porque él tenía una alta graduación y lo pidió así antes de morir. ¡Estaría listo nuestro país, si con cada marino hubiera que hacer lo mismo...!

Y trazó un ademán de suficiencia con la mano, como si ella supiera bien lo que costaba a Estados Unidos cada entierro de aquella clase.

El hombre que estaba sentado junto al chófer, dijo, volviéndose:

—Tome mi paraguas, Magda. Si no, se va a poner usted perdida.

La joven obedeció, pero aún seguía sin mirar a ninguna parte.

—Gracias —contestó.

Salió del automóvil, abrió el paraguas y corrió hacia el enorme portalón que daba entrada al colegio. Sus zapatos, de alto tacón, se hundían en los charcos de lluvia, y esta salpicaba sus medias. La grácil figura de Magda pareció por unos instantes perdida ante el enorme caserón. Luego, desapareció, tragada por la puerta.

La señora Fremont miró al hombre que estaba sentado junto al conductor, un hombre todavía joven, pues no había pasado de los cuarenta años, delgado, alto y tocado con gafas. La señora Fremont encontraba a aquel hombre muy interesante, pues tenía un cierto parecido con Arthur Miller, el autor teatral ex marido de Marilyn Monroe. Pero solo era un lejano parecido físico.

Aquel hombre era el doctor Kinsey.

—Le estoy muy agradecida, doctor —dijo con voz dulce—. Usted era un gran amigo de Percy, y se ha portado muy bien con esa pobre muchacha.

—No tiene importancia. Cualquiera hubiese hecho lo mismo.

—¡Oh, no! Ella necesitaba que alguien la ayudase, que le impusiera casi a la fuerza el deseo de vivir. Usted ha conseguido ese pequeño milagro.

—Repito que no tiene importancia. ¿Por qué dice eso? Magda era una excelente profesora de enseñanza intermedia. No había razón para que no estuviese en un colegio, y lo único que yo he hecho ha sido animarla con un par de charlas.

La señora Fremont hizo un gesto confidencial.

—Ahora que ella no asiste a nuestra conversación, yo se lo diré con toda franqueza, doctor: estaba muy preocupada. ¿Le conté lo de su conversación cuando estaba a solas con el muerto?

—Algo me dijo —sonrió el doctor Kinsey—, pero perdóneme si opino que sufrió usted una equivocación, señora.

—¡Doctor...!

—Los muertos crean en torno suyo una atmósfera especial —susurró el doctor Kinsey, con una sonrisa triste y comprensiva a la vez—. Se lo digo yo que, por desgracia, me he pasado la mitad de mi vida en velatorios y depósitos de cadáveres. Cuando un muerto está presente, uno se siente dispuesto a creer cualquier cosa.

—¿Pretende decir que yo no oí aquel susurro de voces?

—Por supuesto que debió oírlo, señora; pero seguramente Magda estaba rezando.

—No lo parecía.

—Bien, dejemos eso ahora... Como le decía antes de dar este paso, creo que Magda ha hecho muy bien solicitando una plaza en el Colegio Whortington. Aquí hay un ambiente solitario, tranquilo... El hospital, además, está muy cerca, y yo lo visito dos veces por semana. Si Magda presentara alguna anormalidad, yo podría cuidar de ella inmediatamente.

—No sabe lo que eso me tranquiliza. Quise a Percy, y la quiero a ella también.

—Lo comprendo.

En aquel momento volvía Magda.

Volvía su cuerpo pletórico, curvilíneo, obsesionante, balanceándose sobre sus tacones altísimos.

Introdujo medio cuerpo en la parte posterior del taxi, sin entrar del todo en él.

—Ya está —dijo a la señora Fremont—. Me esperaban, y ya lo tenían todo dispuesto. ¿No quieren ver mi habitación?

—Será mejor dejarlo para el domingo —musitó la señora Fremont—. Ahora hace un día tan desapacible... El domingo, en cambio, te haré compañía hasta el anochecer, y entonces lo veremos todo.

—Es cierto —susurró Magda, mordiéndose los labios—. Les de hecho perder ya demasiado tiempo.

—Por mí no tiene importancia —dijo el doctor Kinsey—. ¡Ah! Yo no podré venir a verla, pero si para algo me necesita, no vacile en llamarme al hospital. Estaré allí dos días completos por semana, generalmente, los lunes y los jueves.

—Gracias, doctor.

—¿De qué vas a dar clase? —preguntó a Magda la señora Fremont—. ¿De francés, como habíamos acordado?

—Sí.

—¿Muchos alumnos?

—Unos treinta. Lo malo es que casi todos son retrasados, de los que no superan fácilmente los cursos en una escuela normal. Pero espero conseguir que aprovechen el tiempo. Tengo paciencia...

—¿Cuándo empiezas?

—Mañana mismo.

La señora Fremont dio un beso en la mejilla a Magda, y por la mirada del doctor Kinsey comprendió que este lamentaba mucho no poder hacer lo mismo.

—Te estás mojando, chiquilla... —susurró la señora, como si repentinamente se hubiera dado cuenta de eso—. Anda, vuelve al colegio inmediatamente, y no estará de más que te abrigues.

Magda fue a devolver el paraguas al doctor Kinsey, pero este lo rechazó con un gesto amable.

—Lo va a necesitar todavía y, en cambio, yo... Bueno, quiero decir que se lo quede. Ya habrá ocasión para que me lo devuelva de nuevo.

—Gracias.

El taxista hizo una señal, encendió las luces intermitentes y se dispuso a dar la vuelta para regresar a Nueva York, Magda, con el paraguas abierto, se quedó haciendo señas de despedida, sola bajo la lluvia.

Entre las docenas de estatuas semirrotas, ella era una cosa cálida, viva, palpitante...

El taxista tuvo que tragar saliva.

—Diantre —dijo con voz inaudible—, en vez de en un colegio de niños, ya podías estar en una escuela de conducir, nena...

La señora Fremont miraba amablemente al médico.

—Es usted muy listo, doctor Kinsey. ¡Muy listo! Con lo del paraguas tendrá usted pretexto para ver a Magda otra vez y asegurarse de que no sufre nuevas alucinaciones.

—¿Por qué iba a sufrirlas? Percy ya no existe, y este es un lugar muy agradable...

—Sí, pero hay algo que no me gusta —dijo la vieja señora con un mohín—. Que no me gusta nada, teniendo en cuenta la situación en que ahora se encuentra Magda.

¿Qué es lo que no le gusta?

La señora Fremont apretó los labios.

—El cementerio...

* * *

La chica tenía muy bonitas piernas, según dejaba que apreciaran los ojos del hombre. Las mostraba con generosidad, a causa de la falda estrecha y de aquella manera endiablada de sentarse. Por encima de las piernas, todo lo demás era bonito también. Lo que se veía —su rostro— y lo que se adivinaba bajo el ceñido jersey color guinda.

La mujer tomó el alto vaso lleno de *whisky* y dijo:

—¿Gustas?

Él no miraba al vaso.

Miraba las piernas de la chica.

Pero no lo hacía con expresión admirativa, como seguramente lo hubiese hecho otro. Su expresión, por el contrario, era concentrada y recelosa.

Y eso que el tipo era joven, fuerte y soltero. Y ya se sabe que los tipos jóvenes, fuertes y solteros se suelen derretir por las piernas de las chicas.

Este, sin embargo, no. Este miraba únicamente un pequeño cardenal que ella tenía por encima de la rodilla.

—¿Quién te lo hizo? —preguntó.

—Anda, no seas pesado y bebe.

—Pregunto que quién le hizo ese cardenal.

—¡Qué pregunta más idiota!

—¿Te lo hizo Quimby?

La chica se engalló:

¡Oye, tú, mocoso! ¡He aceptado tu invitación para cenar y luego hemos subido a mí departamento! Muy normal, ¿entiendes? Muy normal. Hago esto muchas veces, puesto que una chica que trabaja en los *burlesque* necesita de los hombres. Pero me estás resultando un tipo extraño. No me has tocado ni la mano y ahora me hablas de Quimby. ¿Qué sabes tú de Quimby? ¿De qué le conoces?

—Oí hablar de él.

—Oye, mocoso, si eres un policía, lárgate. Yo no quiero saber nada con «polizontes» ni con hombres de virilidad dudosa.

Se había puesto en pie, derramando la mitad del *whisky* sobre la mesa, a causa del impulso con que dejó el vaso. Había ahora abandonado su actitud de muchacha más o menos dulce para convertirse en una hembra agresiva, excitada, de esas que han tratado con hombres desde su niñez y ya no temen a nadie. El, que estaba sentado frente a ella, se levantó también.

La estrechó con fuerza, dominando los gestos rabiosos de la muchacha y la besó en la boca.

Ella resistió al principio, dio patadas, taconazos y se hizo un par de carreras en las medias. Pero luego se abandonó. Y se abandonó de tal manera que el hombre tuvo que hacer un esfuerzo para sostenerla.

—Retiro lo dicho —susurró la muchacha.

—¿Sí?

—Retiro, sobre todo, lo de la virilidad dudosa.

—Siempre es un consuelo.

—¿Cómo te llamas?

La chica le miraba con los ojos entornados y los labios entreabiertos. Él la soltó.

Ella cayó de nuevo en su asiento y no se preocupó nada, pero lo que se dice absolutamente nada, del modo como había quedado su falda.

—¿Cómo te llamas? —repitió.

—Clive Sanders.

—Menos mal que te has atrevido de una vez a tocarme la mano, chico.

—No he venido para eso.

—¿Qué nooo...? Vamos, no hagas bromas. Conozco a los hombres desde que era así, desde que tenía el tamaño de una uña. Y ninguno de vosotros quiere perder el tiempo.

—Yo no he venido a perderlo, muñeca. Quería hablarte a solas porque así tengo la seguridad de que vas a escucharme, pero por nada más. Quiero darte un recado de tu amiga Norma.

La chica bebió todo el *whisky* que quedaba en su vaso y luego se pasó el dorso de la mano por la boca.

—¿Norma? ¿La has conocido? Vaya, esa sí que hizo suerte, chico... Se casó con un marino, un tipo la mar de serio y bien plantado. Después de lo que ella había sido...

—Nadie tiene derecho a juzgar a nadie, muchacha. Si ese hombre se casó con Norma, debió haberla respetado, aunque ella hubiera sido antes... cualquier cosa. Repito que nadie tiene derecho a juzgar a nadie. Pero ese tipo la despreciaba. Se casó con ella por un simple capricho, y luego pensó que podría abandonarla como se abandona un perro. Como ella se negaba a la separación, le propinaba brutales palizas. A consecuencia de una de ellas, Norma murió.

Bajó la voz para añadir ante los ojos atónitos de la muchacha:

Hace seis días...

Ella tenía la boca muy abierta, la mirada desviada completamente. Parte de su belleza artificial parecía haberse evaporado, y ahora era tan solo una mujer asombrada que no sabe cómo reaccionar. Tuvo que hacer un violento esfuerzo para reponerse y decir:

—¿Cómo... sabes eso?

—Yo le cerré los ojos.

—¿A quién? ¿A Norma? ¿Por qué?

—Yo era uno de los superiores de su marido, y creí mi obligación acompañarla hasta el fin. Fue entonces cuando me pidió una cosa muy especial. Fue entonces cuando me rogó que viniera a verte.

—¿Para... qué?

—Para que su triste ejemplo te sirviera de algo. Ella conocía tus relaciones con Quimby, y Quimby es un tipo caprichoso, brutal y cínico, poco más o menos como el hombre que mató a Norma. Basura con traje. Por eso me suplicó: «Vaya a buscar a Sally. No le será difícil dar con ella porque es famosa en los «burlesque» de Green Village. Dígale que se fije en mí. Que cambie de vida, que no se case con Quimby, ni admita su compañía por un minuto más». Y yo lo he hecho.

La muchacha, que seguía con la boca abierta, la cerró de golpe. Sus ojos extraviados recobraron por fin la mirada normal, una mirada que en esta ocasión fue fría y lejana. Por fin hizo un esfuerzo y trató de volver a ser la que había sido siempre.

—De modo —dijo con desencanto— que eres un predicador.

—Nada de eso. Soy un tipo que se ha pasado la vida pudriéndose en los servicios especiales de la Marina. Contraespionaje, instalación de bases nucleares submarinas, y cosas tan divertidas como esas. Pero lo que Norma me encargó es sagrado para mí. Si decirte eso significa ser predicador, estoy dispuesto a seguir predicando siete años seguidos.

Ella hizo un mohín de desagrado, cruzando las piernas con fastidio.

—El marido de Norma. Quimby, tú... ¿Por qué seréis así los hombres? ¡Qué asco!

—No te lo disculpo. Los hombres damos tanto asco que te conviene estar lejos de nosotros. Al menos de los tipos como Quimby.

—Sois unos bichos que solo servís para pagar las facturas. Pero, eso sí, lo de pagar, no hay nadie que lo haga tan bien como vosotros.

Clive Sanders se puso en pie.

—Aléjate de Quimby, muchacha. Déjalo y cambia de vida. Eres demasiado joven para resignarte a terminar de cualquier modo, o quién sabe si para tener el fin que tuvo Norma.

—¿Sabes que Quimby es un tipo violento? Lo del cardenal que tanto te ha llamado la atención me lo hizo él.

—Lo suponía.

—No obstante, lo voy a enviar al infierno —dijo Sally, apretando los dientes—. Lo voy a enviar al infierno con sombrero y todo.

—Harás bien.

—Sírveme otro vaso de *whisky*.

—¿Por qué no? Tú lo pagas.

Y Clive le dejó mediado el alto vaso que ella sostenía entre sus manos trémulas.

—¿Qué ha sido de ese fulano? —preguntó ella con voz firme—. ¿Qué ha sido de ese cerdo asqueroso que se casó con Norma?

—Está en la cárcel.

—Muy poco. ¡Solo la cárcel por matar a golpes a una mujer! ¡Merece la silla eléctrica!

—Desgraciadamente, no creo que le apliquen una pena tan alta —dijo Clive calmosamente—, pero va a tener durante toda su vida una serie de molestias bastante notables. Por ejemplo, le faltan todos los dientes a consecuencia de la paliza que le di. A la mañana siguiente, después de lavarme dos veces, aún tenía tiras de la piel de ese hombre adheridas a las manos. Mi intención era acariciarle un poco más, pero se me «acabó» muy pronto. Fue una pena.

Movió un poco las manos, y entonces ella se dio cuenta de que aquellas manos daban miedo. Eran musculosas, grandes, y los nudillos formaban en ellas como ocho mazas contundentes. Se dio cuenta también de que el hombre era gigantesco, aunque hacía lo posible por no llamar la atención. Pensó que era un milagro que el viudo de Norma no fuese ya un cadáver.

Todo aquello, de una forma misteriosa, la hizo sentirse nuevamente más mujer.

—Siento que no me hayas besado más que una vez... —susurró.

—He agotado mi ración, hermana. Y ahora no olvides lo que me has dicho: vas a enviar al infierno a Quimby, con sombrero y todo. Quizá no vuelvas a tener en toda tu vida una oportunidad como esta.

Dio media vuelta y salió de la habitación.

Sally se quedó mirando la puerta por dónde él había desaparecido, por dónde se habían esfumado sus anchas espaldas, sus puños de gigante, sus ojos de un inquietante color gris.

Sentía como un estremecimiento en todo su cuerpo de mujer.

«No tendré otra oportunidad como esta —pensó—. No, claro que no tendré otra oportunidad como esta...»

Bebió todo su *whisky* y buscó en la guía telefónica el número de un antiguo hospital de la Marina instalado en Norwalk, frente al mar, cerca de un cementerio.

TRES

Desde la ventana se veía el mar, pero el mar estaba ese anochecer más brumoso, quieto y gris que nunca. Visto desde allí, desde el colegio, parecía un inmenso lago de tinta que por momentos se fuera haciendo más negra. La perspectiva, a la izquierda, era siniestra, teniendo como fondo los lejanos árboles del cementerio.

En el reloj de la clase dieron las siete.

Los alumnos que se habían quedado castigados con una hora suplementaria de estudio, repetían uniformemente a media voz el tema de francés:

> «...Pierre le trouve astucieux, Sophie élégant. Jacques aprecie sa solidité...»

El tono de su recitar era increíblemente monótono.

Magda miró por la ventana, respiró casi con angustia el aire pesado, cargado de efluvio de tormenta, y dijo dando dos palmadas:

—Basta...

Los alumnos se levantaron de golpe, todos a la vez. Dando gritos y empujándose los unos a los otros, corrieron hacia la puerta. En un santiamén la clase había quedado sola.

Fue entonces cuando los ojos de Magda dieron una vuelta por el aula, se posaron en la pizarra negra y en las bombillas poco limpias que apenas disipaban la oscuridad naciente.

«Esta clase es siniestra —pensó—, como lo es todo el colegio. Cuando están los niños, esto cambia, pero cuando ellos se van... A veces, en los largos corredores sin luz, creo estar viviendo una pesadilla».

Pero los gritos de los niños se escucharon en el patio. Todo cambió de pronto.

Parece increíble cómo pueden transformar el ambiente las risas de un par de niños.

Magda borró el texto francés escrito en la pizarra —tomado de un simple anuncio para que los pequeños se acostumbraran al estilo directo y comercial— y luego salió de la clase.

Tenía una hora libre, que podía aprovechar como quisiera. Normalmente, iba a la biblioteca.

Pero esta noche no lo hizo, sino que, atravesando el patio, se dirigió al sendero que llevaba al hospital, tras cruzar un difícil paso por entre las rocas.

No llegó al hospital, sin embargo.

Bastante antes, a la derecha del sendero que Magda había tomado, existía una desviación que llevaba hasta el cementerio.

La muchacha tragó saliva lentamente, mirando el horizonte que se iba haciendo cada vez más negro, y tomó la desviación. Unos quince minutos después, veía los cipreses y las viejas lápidas de las tumbas, en las que desde hacía años no se enterraba a nadie.

Avanzó por entre ellas.

* * *

Percy estaba allí.

En la vieja casa donde años atrás vivió el guardián del cementerio, y donde ahora ya no habitaba nadie, estaba Percy. Magda lo vio quieto junto a la ventana, o mejor dicho vio su silueta inconfundible, estética, rígida, cara a las sepulturas.

La muchacha se detuvo a unos odios pasos.

La última luz del crepúsculo le sirvió para ver sus facciones rígidas, exactamente las mismas facciones que tenía en el ataúd. Sus ojos quietos estaban clavados en ella. Sus labios insinuaban —insinuaban solamente— una sonrisa que tenía algo de satánica.

La muchacha le miró muy fugazmente, y de pronto tuvo un estremecimiento.

Fue hasta la puerta de la casa, que esperaba estuviese abierta. Pero se sorprendió al empujarla y comprobar que no cedía. Entonces, justamente cuando la oscuridad se hacía completa en torno a ella, golpeó con los nudillos suavemente.

¿Tenía miedo?

Magda no sabía lo que era aquel sentimiento que parecía rizarle la piel, que hacía su respiración más cortada y difícil. No, no lo sabía ni lo sabría nunca, porque estando Percy allí, ella ya era incapaz de pensar. Solo que el estremecimiento se repitió al oír el ruido de sus propios nudillos en la puerta.

La voz pareció llegar desde las entrañas de la casa. Era la voz de Percy, la inconfundible voz que Magda conocía tan bien. Aquella voz advirtió con lentitud:

—No entres, por favor, no entres... Hay peligro... Quédate dónde estás y no entres... Ya me pondré en contacto contigo.

La muchacha se quedó quieta, muy quieta, como si obedeciera un mandato de ultratumba.

Su respiración se hacía más difícil cada vez. Su pecho subía y bajaba desacompasadamente.

Tenía la boca abierta y le era imposible cerrarla.

Volvió la espalda y se alejó de la casa poco a poco, sintiendo clavada en su nuca la mirada de Percy. Quiso volverse dos veces y no pudo; sus

músculos parecieron no obedecerle. Luego, de pronto, como si un ciego terror la dominase, echó a correr hacia el camino, por entre las lápidas del cementerio.

La oscuridad ya había cerrado por completo, pero las lápidas blanqueadas aún arrojaban un espectral resplandor.

* * *

—¿No se encuentra bien, Magda?

La directora la miraba a través de sus gafas de una manera que quería ser amable, pero sus ojos chispeaban, grises y metálicos, detrás de los cristales.

Magda se estremeció otra vez.

—¡Oh, me encuentro muy bien, señorita Ulster!

—Como no ha cenado nada...

—No tengo apetito.

—¿Alguna dificultad con sus alumnos? Si en su clase hay algo que no sea normal, debe decírmelo, máxime siendo usted nueva.

—No ha ocurrido nada anormal, señorita Ulster. Mis alumnos son excelentes, por ahora.

—¿Ya sabe que mañana le corresponde el turno de cultura física? A primera hora debe acompañar un grupo al campo de deportes.

—Sí, señorita Ulster.

—No sé, pero esta noche me parece que está usted rara...

En su bolsillo, la vieja directora tenía una carta de la obsequiosa señora Fremont, carta recibida aquella misma tarde. En ella, la señora Fremont le suplicaba: «Tenga mucho cuidado con Magda, pobrecilla... Hubo un tiempo en que sufrió alucinaciones, y no estoy muy seguro de que no las sufra aún. Sobre todo, procure que no se encuentre en habitaciones oscuras, y no la deje a solas»...

—Me siento perfectamente —decía Magda con voz cansina—. Perfectamente, se lo juro...

—¿No querrá usted cambiar de dormitorio?

—No comprendo, señorita Ulster...

—Quiero decir que me parece que se encuentra usted siempre demasiado sola... ¡Este caserón es tan grande, tan descuidado! Incluso a mí, a veces, me parece siniestro, y eso que llevo más de cinco años viviendo en él. ¿Dónde da su dormitorio, Magda? ¿Da al cementerio, verdad?

—Sí...

—A una, a veces, la deprimen esas cosas —dijo cautamente la señorita Ulster —y por ese camino se llega a sufrir de los nervios. ¿Sabe lo que voy a aconsejarle? Trasládese usted al dormitorio de su compañera, la señorita Poincaré, la francesita. En su habitación hay dos camas, y ella tiene un carácter muy agradable. Seguro que se sentirá usted más acompañada.

Magda cerró un momento los ojos.

—Gracias, señorita Ulster. Voy a aceptar.

—Claro. ¿Ve cómo lo estaba deseando? —la directora perdió todo su tacto, recordando las advertencias de la carta de la señora Fremont—. Una no tiene que estar sola cuando en épocas anteriores sufrió pesadillas. Ande, vaya a ver a la señorita Poincaré.

Magda seguía con los ojos cerrados, y ahora tenía los labios apretados en una extraña mueca.

—Gracias, señorita Ulster.

Terminó de beber su laza de café, que le pareció amargo y desabrido, y con una extraña mirada contempló a la directora mientras esta se alejaba por entre las mesas. Las bombillas derramaban sobre estas una luz triste y plúmbea, y una de ellas, al oscilar, hizo que surgieran sombras fantasmales en los rincones. Magda, por cuarta o quinta vez desde hacía unas pocas horas, se estremeció.

Poco a poco, fue hacia la mesa de la señorita Poincaré.

Esta era una linda francesa con permiso temporal de residencia en los Estados Unidos. Daba clases de todos los idiomas latinos, sin excepción, y mientras tanto practicaba el inglés a fondo. Estaba escribiendo un grueso libro de gramática comparada, con el que esperaba situarse como una verdadera especialista en la materia.

Pese a ello, Jacqueline Poincaré era una joven agraciada, de esas a las que siempre se vuelven a mirar los hombres.

Claro que su belleza resultaba pálida, si se la comparaba con la de la mujer que estaba sentada junto a ella.

Era una mujer joven, muy bien vestida, excesivamente bien vestida y muy bien retocada —excesivamente bien retocada. Tenía un arte especial para cruzar las piernas, ese arte que solo suelen tener las mujeres que de un modo u otro están acostumbradas a exhibirse.

La señorita Poincaré las presentó:

—Hola, Magda. Celebro que haya venido a acompañarme un rato; estaba usted muy sola. Esa dichosa costumbre del colegio de que el profesorado coma en mesas separadas... Por cierto, le presento a la señorita Sally Reynolds.

Sally sonrió encantadoramente, con una sonrisa profesional que ni pintada para un anuncio.

—¿Qué tal?

—Esta es Magda, profesora de francés —siguió diciendo *mademoiselle* Poincaré—. Lo habla tan bien como yo, de modo que a veces parecemos francesas las dos... ¡Vaya! —sonrió—. Parece que nos hemos reunido aquí los únicos elementos jóvenes...

En efecto, el resto del profesorado, formado por vetustas damas y un par de venerables maestros, miraban hacia aquella mesa con una mezcla de asombro y desaprobación.

—No les gusta —dijo Jacqueline Poincaré en voz baja—. Los viejos siempre sienten envidia de los jóvenes. Y se encuentran molestos a su lado. Están deseando que nos marchemos.

Magda miraba fijamente a Sally Reynolds.

—¡Ah! —exclamó Jacqueline con la alegría que parecía ser habitual en ella—. Quizá usted se extrañe de que Sally, que no pertenece al cuadro de profesores, esté aquí esta noche. Pero hoy es lunes jubilar, es decir, último lunes de mes. Hoy se permite que nuestras amistades convivan con nosotros.

—Comprendo. Pero ignoraba esta costumbre del colegio.

—¡Oh, es una norma muy sana! —dijo volublemente la Poincaré—. Ya que nosotros no vamos a la montaña, la montaña tiene que venir a nosotros, siguiendo el ejemplo de Mahoma. Cuando lleve dos meses sin ir a Nueva York y sin ver más caras jóvenes que las de sus antipáticos alumnos, comprenderá lo agradable que es tener durante un día entero la compañía de una vieja amistad. Sally y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo.

—Pues son las dos muy distintas —dijo Magda con franqueza.

—Seguramente es eso lo que más nos une —musitó Sally.

—Lo comprendo. ¿Va usted a quedarse también a dormir, Sally?

—¡Oh, no! El lunes jubilar no permite tanto. Después de la cena, debo abandonar el colegio. Tengo mi coche ahí fuera.

—Yo... —susurró Magda lentamente—. Bueno, creo que deberé trasladarme a su habitación, Jacqueline. La señorita Ulster opina que estoy deprimida y que no debo seguir demasiado tiempo sola. ¿No le molestará el cambio, verdad?

—¿Molestarme? ¡Ni soñarlo! Ahora mismo le decía a Sally que el sueldo en el colegio es bueno, y que en cuanto a comida y trato no se puede desear más, pero que el caserón es siniestro. Debieron construirlo en una época en que todavía existían los fantasmas, digo yo. ¿Y qué pensar de todas esas horribles estatuas que pueblan el jardín? De noche parecen muertos que la están aguardando a una. Y esos pasillos tan largos, tan rectos, con las bombillas que apenas disipan las sombras... No, Magda, no. Para mí es un notición eso de que voy a compartir el dormitorio con una compañera. Traslade sus bártulos ahora mismo, si puede.

—Me alegra oírle hablar así. Yo temía serle molesta.

—¡De ningún modo!

Sally descruzó las piernas.

—Bueno, me parece que todos siguen mirándome como a un bicho raro —declaró—. Debo ir demasiado bien vestida, o qué sé yo... Lo mejor será que me vaya cuanto antes.

—No tengas prisa, Sally —pidió Jacqueline.

—Es ya tarde...

—Desde aquí a Nueva York no hay más que un soplo.

—Sí, pero...

Magda, que mantenía los ojos fijos sobre la mesa, vio que Jacqueline Poincaré tenía un libro depositado junto a uno de los bordes, cuidadosamente alejado de todo lugar donde pudiera mancharse.

—Mañana precisamente tengo que ir a cultura física —dijo Magda—. ¿Por qué no me deja su Manual, Jacqueline? Usted lo tiene ahí, y el mío ha quedado en clase.

—¡Oh, claro! Pero tenga cuidado de que no se manche, no es mío, sino de la biblioteca.

Magda lo tomó con cien precauciones.

—No se preocupe; solo quiero repasarlo un momento. Yo...

Vio que Sally Reynolds le tendía un periódico doblado, a través de la mesa.

—Sería una lástima que eso se le ensuciase, querida. Viendo el comedor de este viejo caserón, me imagino cómo será la biblioteca. Un sitio ideal para cazar murciélagos. Envuelva en el periódico ese sagrado libro.

—¿Ya lo ha leído usted?

—Pero hija mía, ¿qué valor tendrá un periódico? Además, es retrasado. De hace varios días...

Se lo tendió. Mientras lo hacía, estaba mirando con indiferencia los labios de Magda.

—¿Qué le pasa?

Los labios de Magda temblaban. Sus ojos estaban fijos, espantosamente fijos, en la página doblada del periódico.

—Nada, no me ocurre nada... Perdón.

En aquella página había un recuadro con la fotografía de Percy. El titular, en letra no demasiado grande, decía: «Fallece uno de los oficiales más jóvenes y distinguidos de nuestra Flota». Y debajo venía una pequeña crónica en la que se daba cuenta del fallecimiento de Percy, a causa de un ataque al corazón.

—Bueno, pero... ¿de veras no le ocurre nada?

Era la voz de Sally.

Parecía llegar desde muy lejos, muy lejos...

—No me siento del todo bien... Debe ser eso. Perdón.

Se puso en pie. Las otras dos mujeres la imitaron.

—¿Le acompaño? —preguntó Jacqueline—. Aunque en realidad ya sabe dónde está mi dormitorio, ¿verdad?

—Sí, por supuesto... Despida a su amiga. Gracias.

Dio media vuelta y se alejó nerviosamente entre las mesas. Notaba fijas en sus caderas las miradas de los profesores, incluso de los más viejos. Una sensación de angustia que no era capaz de dominar le oprimía el corazón. No supo si ella avanzaba hacia la puerta o la puerta avanzaba hacia ella. Hasta las imágenes más usuales del mundo parecían haberse invertido.

El dormitorio de Jacqueline era más alegre que el suyo, y las dos

ventanas daban a un gran patio donde a la hora de recreo jugaban los niños. Pero estaba al final de un pasillo interminable, alumbrado solo por débiles bombillas. Algunas puertas mal cerradas gemían lúgubremente a impulsos de la brisa.

Magda encendió la luz, destapó la cama que le correspondería y fue luego a su dormitorio, situado en un pasillo perpendicular a aquel. Puso nerviosamente todos sus objetos en la maleta y la cerró.

Volvió al dormitorio de Jacqueline.

En los interminables pasillos todo era silencio. Los profesores debían estar repartidos entre el comedor y la biblioteca, fumando cigarrillos baratos y enfrascándose en charlas interminables sobre la política de Kennedy y sobre si eran o no auténticas todas las obras de Shakespeare. Las puertas mal cerradas seguían crujiendo lentamente, a impulsos de la brisa.

Magda se detuvo en el centro del dormitorio, sintiendo que a su alrededor el aire se hacía más pesado, que era imposible respirarlo.

Percy muerto... Percy, Percy...

La cabeza le daba vueltas. Tenía la sensación de que las venas de sus sienes iban a estallar.

De pronto, oyó unos pasos al final del corredor. Eran unos pasos lentos, suaves, y correspondían a una mujer que llevara altos tacones. No era Jacqueline, puesto que esta usaba zapatos ingleses, casi de suela plana.

Magda, conteniendo la respiración, abrió la puerta un poco. El pasillo, lleno de sombras que se extendían hasta el infinito, parecía la entrada de un monumento funerario. Al fondo se distinguía, vacilante la figura de una mujer que iba avanzando poco a poco.

Era Sally.

«De modo que no se ha marchado... —pensó Magda—. De modo que aún está aquí... ¿Por qué? »

La cabeza seguía dándole vueltas. Sentía una angustiosa sequedad en la boca.

Pero aquella sequedad se convirtió en una crispación de la garganta entera cuando oyó a Sally decir con voz lejana, profunda...

—Percy... ¿Estás ahí, Percy?

* * *

Los labios de Magda se entreabrieron. Fue a gritar, pero la misma sequedad de su garganta se lo impidió. No pudo ni siquiera pronunciar el nombre de Sally.

Esta, al llegar al pasillo perpendicular que conducía al dormitorio de Magda, torció por él.

No llegó a darse cuenta de que había sido observada.

Las sombras se la tragaron. Fue perdiéndose poco a poco en el pasillo

el sonido mortecino de sus pasos.

Y de pronto, lo increíble ocurrió. Magda se dio cuenta de que los pasos se habían detenido, se dio cuenta de que el aire se había cargado de electricidad y de que la tensión le hacía daño en el fondo de los ojos. Se dio cuenta también de que a Sally le estaba ocurriendo algo parecido. No se oían sus pasos, no se oía nada. Solo un sonido ronco, quizá el de la respiración de la joven, llegaba desde el fondo del pasillo.

De pronto aquella exclamación:

—¡Percy...!

Y el grito ahogado, el grito ronco de agonía. Un ruido sordo de cuerpos que chocan, y enseguida un estertor. Magda se llevó las manos a la garganta, como si temiera que esta fuese a romperse, y enseguida corrió a lo largo del pasillo.

No necesitó ver apenas para comprender lo que había sucedido. Era todo tan horrible, tan palpable, que entraba por los ojos con la rapidez de un rayo.

La luz del dormitorio de Magda, encendida aún, proyectaba un rectángulo en el pasillo. Sobre ese rectángulo, estremeciéndose aún con los espasmos de la agonía, estaba Sally.

Magda no lo pensó; no tuvo ningún miedo en este instante; corrió hacia ella como una loca.

Corrió y otra vez tuvo la sensación de que no era ella la que avanzaba hacia la puerta, sino la puerta hacia ella. Todo el mundo parecía girar, enloquecido, y hasta la luz quemaba en sus ojos... Ahogando un gemido, Magda se dejó caer de rodillas junto a Sally.

Esta vivía aún, pero aquella vida efímera, que se le escapaba por instantes, era cien veces más horrible que la muerte. Un espantoso tajo en la garganta le había cortado la yugular, y por ella escapaba la sangre con una rapidez estremecedora, alucinante... Los ojos de Sally giraron poco a poco, giraron lentamente en sus órbitas, y se posaron en los de Magda. Esta se dio cuenta repentinamente de que tenía los puños metidos en la boca, ahogándose casi. Los retiró con un espasmo, y entonces comprendió que Sally acababa de morir.

Acababa de morir con un estremecimiento, y sus ojos espantosamente quietos estaban posados en los ojos de Magda.

Esta se volvió poco a poco, incapaz de soportar aquella mirada fija. Sus labios temblaban tanto, tanto, que oía el entrechocar de sus propios dientes... Un espasmo recorría su cuello, haciendo subir y bajar sus músculos.

No podía creer que Sally estuviera muerta allí. Y para acentuar la sensación de irrealidad, el silencio era completo, absoluto y aplastante dentro de la casa.

Esta parecía vacía.

Hasta que de pronto, al volver Magda la cabeza como un animal

acosado, vio en el suelo, muy cerca de ella, muy cerca del cadáver de Sally, los pies de un hombre.

CUATRO

Tampoco esta vez Magda pudo gritar. Todas sus fuerzas y todo el flujo de la sangre en su cuerpo parecían haberse paralizado.

Poco a poco, con una lentitud terrible, sus ojos fueron subiendo desde los zapatos, que casi tocaban la sangre, hasta la rodilla del hombre, elevándose por unos pantalones de buena tela y de excelente corte. Más arriba, la americana era incapaz de disimular un cuerpo hercúleo, vibrante de juventud y de fuerza. Dos puños crispados quedaban cerca de sus ojos, pero en esos puños no había ningún arma. Un rostro, de líneas duras, como talladas a cincel, destacaba entre las sombras.

Magda conocía aquel rostro, aunque no fue capaz de decir dónde lo había visto antes.

Y, cosa extraña, aunque lo más razonable hubiera sido suponer que aquel hombre era el asesino. Magda no se asustó. Había algo tranquilizador en los ojos grises, duros. Los puños grandes como mazas parecían estar allí para proteger, no para amenazar.

—Lo siento, Magda —susurró él.

—¿Cómo... sabe mi nombre?

—Nos conocemos.

—No lo recuerdo. ¿Cuándo me conoció? ¿Quién es usted?

Su voz se iba alterando. El miedo subía ahora lentamente hasta los labios de la joven, como una columna de mercurio.

—Aquella noche que usted pasó entera velando el cadáver de Percy. ¿No lo recuerda? Hablemos largo rato.

—Percy.

—No piense ahora en él. Percy está muerto. Trate de recordarme, y tranquilícese. Y apártese de la sangre.

—Usted es...

—Clive Sanders. Cálmese... Usted vino con nosotros cuando arrojamos al mar el cadáver de Percy. Nadie va a hacerle daño.

La tomó suavemente por un brazo y la hizo ponerse en pie, apartándola de la sangre.

—Entre en esa habitación...

—¿Qué hace usted aquí? ¿Qué busca?

—No busco nada. O, mejor dicho, lo que buscaba no lo voy a encontrar ya.

Magda se estremeció. El seguía sosteniéndola por el brazo. Daba en sus ojos grises la luz espectral de la habitación.

—No le entiende.

—Buscaba a Sally.

—¿Sally?

—Es la muerta. Sally trabajaba en un espectáculo alegre en Nueva York, en el barrio bohemio. Pero este no es momento de hablar. Por favor, entre en la habitación.

Magda se dejó conducir. Sin saber cómo, se vio en su propia habitación, bajo la luz espectral de la bombilla, de cara a la ventana, a través de la cual se divisaba el lejano cementerio. El hombre entró poco a poco tras ella y cerró la puerta.

—¿Hay alguien que tenga una habitación muy cercana a la suya? —interrogó él.

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque si no hay nadie que deba acercarse aquí, no se verá el cadáver con las puertas cerradas.

—Esta es la habitación del fondo del pasillo. Nadie se acerca.

—¿Tiene algo de beber?

—No sé... Tal vez un poco de «brandy» en esa botella chata. Lo uso para prepararme un ponche a media tarde. Usted no puede imaginarse lo que es la soledad de esta habitación.

—Lo comprendo. No, es difícil.

Clive vio la botella chata que ella le señalaba, situada entre unos libros, y la tomó, destapándola y oliéndola. Era brandy bueno; seguramente importado de Europa. Como el mismo tapón servía de vaso, lo llenó hasta los bordes y se lo tendió a Magda. Ella bebió sin respirar, de un solo trago, con la vana pretensión de que la bebida la ayudara a evadirse de aquel horrible mundo. Luego miró a Clive con ojos extraviados.

—¿Qué va a hacer? —preguntó.

—¿Qué voy a hacer con qué?

—Con el cadáver. No pretenderá dejarlo así... a menos que sea usted el asesino.

—No lo soy, hermanita. Si lo fuera, no me habría presentado tan tranquilamente ante sus ojos.

Eso es lo primero que he pensado, y lo único que me tranquiliza.

Con voz poco segura, insistió:

—Pero, ¿qué va usted a hacer?

—Naturalmente, dar cuenta de lo que ha ocurrido, pero cuando todos los alumnos estén durmiendo y se produzca el menor escándalo posible. No podemos olvidar que esto es un colegio. Ninguno de los pequeños tiene que saber lo que ha sucedido aquí.

—Claro que no. Sería... horrible.

—¿Quiere más brandy?

—No, gracias. Me siento algo mejor. Muy poco, pero, al fin y al cabo, algo mejor.

—Entonces, explíqueme de una forma breve qué es lo que ha ocurrido

con esa muchacha.

—¿Es usted un policía?

—¡Qué voy a serlo! —él alzó la mano e hizo un gesto de fastidio—. Entré como grumete en la Armada, y todavía no he salido de allí. Pero conocía a Sally, y quiero saber quién la mató. Hable.

—Ella estaba con Jacqueline Poincaré, una profesora joven, porque hoy es lunes jubilar. El lunes jubilar coincide siempre con el último de mes, y durante el mismo los profesores podemos convivir con amigos o familiares. Una manera de mitigar la soledad del internado.

—Muy bien. Sally estaba con Jacqueline Poincaré. ¿Había venido otras veces?

—Lo ignoro. Soy nueva en el colegio.

—Pero los visitantes del lunes jubilar, ¿se quedaban a dormir también?

—Eso no. Sally debía haberse marchado ya. En realidad, hasta se había despedido.

—¿Y por qué estaba aquí?

Magda se llevó las manos a los ojos, dejándose caer sentada en un borde del lecho.

—No lo sé. ¡Por Dios, no lo sé! ¿Cómo quiere que yo lo comprenda? La vi avanzar por el pasillo como una sombra, como un fantasma. Y sus labios decían mientras tanto, algo sin sentido, algo horrible, algo que nunca podré comprender...

—¿Qué es lo que decía?

—Llamaba a Percy.

Clive torció los labios en un gesto raro, aprovechando que Magda no le veía. Aquel gesto fue mitad de irritación mitad de pena. La muchacha volvía a tener sus famosas alucinaciones. Seguía viendo a Percy en todas partes, seguía creyendo que todo el mundo pronunciaba su nombre.

Ella levantó los ojos al fin.

—¿No me cree?

—Claro que la creo, muchacha.

—Ella llamaba a Percy. Lo oí perfectamente. ¿Por qué tenía que hacerlo? ¡Y llevaba un periódico donde se publicaba la noticia de su muerte!

Se lo tendió. Clive no tuvo más que ojearlo para darse cuenta de que ella decía la verdad.

—Me lo entregó para envolver este manual de educación física —susurró Magda, con los ojos llenos de lágrimas—. Fue una casualidad.

—¿Cómo vive usted en este colegio? ¿Qué hace?

—¿Por qué pregunta eso?

—¡Por Dios, todas las cosas del mundo tienen una razón, una causa! ¡Si Sally, una chica que se ganaba la vida enseñando las piernas a los hombres, ha venido a morir a un sitio donde se enseña el latín a los niños, tiene que existir alguna razón! ¿Qué sucede en este colegio? ¿Qué cosas raras ha

podido observar usted, desde que está aquí?

—Ninguna... ¿Qué quiere decir?

—Si vienen personas extrañas, si la enseñanza no es normal, si durante la noche se acercan a la playa buques que pudieran ser de contrabando... ¡En fin, algo! ¡Cualquier cosa que usted haya observado, por mínima que sea, puede tener aquí un terrible interés! ¡Recuerde!

Magda cerró los ojos, intentando concentrar sus ideas y al fin hizo un gesto de desesperanza.

—¿Qué he de recordar? Nada... Todo es normal aquí, absolutamente normal. Se enseña a los niños decentemente, se les respeta y se les cuida. Los profesores estamos bien tratados, y todos son personas honestas. El colegio tiene fama desde hace más de un siglo. ¿Cómo quiere que yo relacione con esa horrible muerte? Nadie tiene la culpa aquí, nadie... Todo ha sido por la muerte de Percy.

El hizo un gesto de atención.

—¿Por la muerte de Percy? Concrete sus pensamientos, por favor.

—Nada... No he querido decir nada.

—Si usted no da una justificación a sus palabras, creeré que son alucinaciones. Que cree ver a Percy vivo en todas partes, cuando en realidad está descansando bajo las olas, en un ataúd lastrado con un ancla. ¿No se da cuenta de que todos tenemos derecho creer que es una alucinada? Y yo no quisiera creerlo. Explíquese mejor.

—No tengo nada que explicar. Piense lo que quiera.

El gesto de atención de Clive Sanders se convirtió ahora de nuevo en un gesto de pena. No había duda de que la chica estaba avergonzada de sí misma, de que luchaba contra sus propias sensaciones. Una de las características de los visionarios es precisamente la de encerrarse, como avergonzados, en su propio mundo, sobre el que no quieren dar explicaciones a nadie. Ese mundo llega a ser cada vez más compacto, más extraño cada día, hasta que los enloquece del todo y los ahoga. Y Magda era demasiado joven y demasiado bonita para tener que terminar así.

La miró.

Miró sus piernas bien torneadas, sus caderas juveniles y prietas, la masa dulce de su pelo sobre el rostro ligeramente crispado, donde los labios, las mejillas y los párpados eran una tentación. Miró todo eso y sintió dolor, un dolor y una impotencia como quizá no los había sentido nunca.

—Todo esto es demasiado triste para usted. No debe estar sola.

—No iba a estarlo ya más. La directora también opinó así. Esta noche pensaba ocupar la segunda cama en el dormitorio de Jacqueline Poincaré.

—Y entonces mientras cambiaba los objetos de habitación, fue cuando ocurrió todo.

—Sí.

—Está bien. Usted no haga nada, Magda, absolutamente nada. Supongo que la policía les molestará lo menos posible para no crear un ambiente de

terror en el colegio. Incluso les interrogarán a todos ustedes fuera de aquí, supongo. Conserve usted la calma y piense sobre todo que de nada pueden acusarla. ¿Por dónde se va al despacho de la directora?

—¿Piensa usted... explicarle... lo que hay aquí?

—A menos que quiera usted guardarlo debajo de la cama, no hay otro remedio.

E hizo girar el pomo de la puerta. Magda se levantó de golpe, estremeciéndose, al darse cuenta de que él iba a salir.

—¿Va a dejarme sola?

—Será por unos minutos nada más; luego, por desgracia, esto se llenará de gente. Pero no tema al asesino, muchacha. Ha logrado dar su golpe, y ya no lo volverá a repetir. Acabar con Sally era lo único que quería.

Magda entreabrió los temblorosos labios.

—Habla con tanta seguridad... como si le conociera. ¿Es que imagina usted quién es?

Clive abrió del todo la puerta, teniendo cuidado de no pisar la sangre que se deslizaba bajo el cadáver de Sally.

—Puede —dijo con un soplo de voz.

Y salió de la habitación, cerrando la puerta a su espalda y dejando a Magda con la sensación de que acababan de encerrarla dentro de su propia tumba.

CINCO

La sala era pequeña, cuadrada. Cabían en ella unas veinticinco o treinta butacas.

Todo estaba oscuro, a excepción de la pantalla donde se proyectaba la película.

Clive Sanders entró, después de haber depositado en la mujer que le abrió la puerta el exorbitante importe de una localidad. Previamente había tenido que franquearse otras dos puertas, diciendo quién le recomendaba y dejándose examinar bien por si era reconocido como policía.

La improvisada sala de cine estaba en el interior de un piso de Greenwich Village, el barrio favorito de la ex hermosa Sally. Se proyectaban allí películas rigurosamente prohibidas, películas pornográficas, cuyos personajes fijos eran siempre parejas que sostenían relaciones extraordinariamente amistosas. Un público formado casi exclusivamente por jovenzuelos y por viejos perversos que estaban de vuelta de todo, asistía, babeante, al espectáculo proyectado en la pantalla. A Clive le repugnó pensar que por el solo hecho de entrar allí pudiesen tomarle por uno de aquellos degenerados de siete ojos. Pero no tenía otro remedio.

Desde la última fila, contempló a los espectadores. Sus ojos metálicos se habituaron pronto a la oscuridad. Vio a Quimby muy cerca de él, a la derecha embebido en la contemplación de la película.

Se puso en pie y se le acercó sigilosamente, colocándose a su espalda, entre la butaca de Quimby y el departamento de cristal contra incendios, donde había una manguera y un hacha.

Recordó un crimen que había tenido lugar en Nueva York, allá por los años del Sindicato. Un tipo «marcado» había sido abatido a hachazos en el interior de un cine, tal como estaba ahora Quimby. A él no le hubiera costado ningún esfuerzo sacar el hacha, levantarla y hundir la hoja hasta el cuello de Quimby, partiéndole la cabeza en dos.

Pero no era eso lo que pretendía. Se limitó a poner una mano sobre el cuello del hombre.

—Vamos —susurró.

Quimby casi dio un salto en la butaca.

—No hagas idioteces porque te estoy apuntando, pichón. Sal enseguida.

Quimby no veía nada, no sabía si era cierto que le estaban apuntando o no. Decidió no arriesgarse.

Abandonó la fila, sin intentar ninguna jugarreta. Era valiente con las mujeres, pero se convertía en una cosa babeante y tierna cuando un hombre

le amenazaba. Sus aires de matón y su sonrisa cínica a lo Robert Mitchum se desvanecían inmediatamente.

Salieron los dos. En la sala nadie se dio cuenta porque precisamente entonces la película estaba en lo peor.

Quimby se fijó en la mano que Clive llevaba cuidadosamente introducida en el bolsillo.

—No le conozco. ¿Quién es usted?

—Un amigo de Sally.

—¿Sally?

—Cállate o te descerrajo una bala aquí mismo, hijo de perra. Pasa delante mío.

Aquel lenguaje que solo se usaba en los suburbios, hizo palidecer al apuesto Quimby.

—¡Yo no he visto a Sally hace tiempo! —gimió.

—¡No la he visto!

—Hablaremos de eso en mi automóvil.

Clive tenía su cacharro, un «Chevy» blanco, estacionado a menos de diez yardas de distancia. Abrió a la vez dos puertas del mismo lado, hizo introducir a Quimby en el asiento delantero y él se acomodó en el posterior.

—¿He de conducir yo? —gimoteó Quimby, sin comprender aún—. ¿Qué clase de broma es esta?

—Has de conducir tú, efectivamente. Ahí tienes las llaves. Pero no te ensucies en el asiento.

A Quimby no le gustaba tratar con tipos así, con fulanos que hablan igual que si le fueran a degollar a uno, solo por divertirse. A él le gustaban las chicas finas y blandas, como Sally. Pero aquel tipo y Sally no se parecían en nada.

—¿Hacia dónde conduzco? —preguntó.

—A Long Island.

—¿Sabe que puedo detenerme ante cualquier Precinto de Policía? —galleó Quimby, por fin—. Esto es un secuestro. ¿Con cuántos años de cárcel piensa salirse, amigo?

—Muy bien, prueba a detenerte ante un Precinto. En cuanto lo hayas hecho, te clavo una bala en la nuca. Llevo silenciador.

Clive no hubiera empleado normalmente aquel lenguaje que le parecía arrancado de una novela de Mickey Spillane, pero comprendía que con tipos como Quimby aquellas frases eran las más certeras. Quimby no se hubiese intimidado ante un tipo que hablara de otro modo, mientras que ahora estaba hecho un flan, estaba hecho un gusano tembloroso aguardando que alguien lo aplastara.

Rodaron largo rato en dirección a Long Island. Cada vez que Quimby hacía una maniobra poco normal o aumentaba la velocidad, Clive le disuadía con una seca advertencia. Al llegar a Long Island, le hizo rodar hacia una zona arenosa, rodeada de dunas. Quimby conducía de una forma

cada vez más insegura. La presencia del enemigo allí, quieto a su espalda, le producía un erizamiento en la nuca. Se dijo cien veces que se había dejado atrapar como un imbécil y cien veces se contestó que, de otro modo, aquel tipo le hubiera clavado sin compasión una bala.

—Detente.

Las ruedas del automóvil patinaron sobre la arena. Quimby quiso frenar y caló el coche.

Fue entonces cuando se puso a chillar como una rata.

—¡Yo no le conozco! ¡Hace tiempo que no veo a Sally! ¡No sé qué quiere usted! ¡No sé qué quiereee...!

Clive le sacó a empujones del automóvil y luego lo hizo rodar a puntapiés por la arena.

La luna, la misma luna que debió contemplar Sally a través de las ventanas, antes de morir, alumbraba a los dos hombres. El primero, en pie; el segundo, rodando sobre la arena y chillando histéricamente.

—Levántate.

Quimby, temblorosamente, se puso en pie.

—¡No me pegue! ¡No me pegue más! ¡Si le gusta Sally, quédesela, pero no me pegue...!

Clive sintió aseo, un asco tan grande que le impidió pensar. Movido por un ciego impulso, movió ambos puños y clavó tres alucinantes golpes al compás de uno-dos, con cruzado de propina, que enviaron a Quimby otra vez por tierra, gimiendo y llorando.

¡Tengo derecho a saber por qué me pega! —chilló.

—¡Tienes derecho a defenderte antes de que te entregue a la Brigada de Homicidios, cobarde!

—¿La Brigada... de... Homicidios?

La voz de Quimby reflejaba un asombro tan sincero que Clive se sintió vacilar.

Iba ya a golpear con los pies al enemigo caído, pero se detuvo de pronto.

—¿Homicidios? —preguntó Quimby, desde el suelo, con un soplo de voz—. ¿Por qué?

—Por el asesinato de Sally.

—¿Ase... sí... na... to?

—¡Tú la mataste, canalla! ¡La mataste porque no podías explotarla más! ¡Porque se había alejado de ti!

—¿Yo?

Incluso a la débil luz de la luna se advertía que las facciones de Quimby se habían vuelto terrosas.

—¿Cómo me ha conocido usted? —jadeó—. ¿Cómo...?

—Sally llevaba encima un retrato con tu asquerosa cara.

—¿Y dice... que Sally está muerta?

Clive dio un puntapié a Quimby, lanzándolo otra vez de cabeza sobre la

arena y haciéndolo rodar.

—Tú manejas el cuchillo bien. ¿Por qué no me haces a mí en el cuello un tajo como el que le hiciste a ella?

Y le arrojó un estilete secamente, dejándolo clavado, al alcance de las manos de Quimby. Este lo sujetó febrilmente, con ojos donde chispeaba el odio.

Pero vio a su enemigo frente a él, con las piernas entreabiertas y los puños preparados. Tuvo miedo de aquellos puños de gigante y de aquella sonrisa despectiva que había en los labios de Clive. Supo que su enemigo esperaba que él atacase para matarle a golpes. Clive ansiaba matar.

Soltó el estilete.

—Yo no soy capaz de apuñalar a nadie... —gimoteó—. ¿Cómo iba a asesinar a Sally? ¡Tiene que creerme! ¡Llevo un mes sin verla! ¡Los tipos como yo no matamos! ¡Se lo juro! ¡Créame!

Los puños se abrieron y cerraron espasmódicamente un par de veces. Por fin quedaron abiertos.

—He estado detenido por vagancia hasta ayer... —susurró Quimby, abatido—. No sé a qué hora ni dónde murió Sally, pero lo que le digo puede comprobarlo.

Clive se estremeció.

—¿Hasta ayer?

—¡Puede comprobarlo! ¡Hasta ayer! ¡Se lo juro!

Una vorágine de pensamientos pasó por la mente de Clive Sanders. Repentinamente, él, que creyó verlo todo claro, no entendía nada. Todo aquello era imposible, absurdo... Si Quimby no había matado a Sally... ¿quién lo había hecho?

Quimby, vacilante, se puso en pie. Por su rostro resbalaba la sangre.

—Ni siquiera puedo darle una pista... —dijo, jadeando—. Había otro hombre, pero ya está muerto... Ella se hizo un hartón de llorar el día que la diñó un tipo llamado Percy...

Clive sintió como un mazazo en el cráneo.

Poco a poco, sin mirar, sin preocuparse del estilete que aún estaba al alcance de Quimby, subió al automóvil y lo puso en marcha. Quimby corrió hacia él.

—¡Eh, no me deje aquí! ¡Tendré que dormir en la playa! ¡No me dejeee...!

Clive masculló:

—¡Púdrete!

Su mirada se extraviaba. Al cruzar por entre las dunas creía estar pasando por entre panteones.

SEIS

La señora Fremont apretó nerviosamente la empuñadura de su paraguas y dejó que en su frente se marcaran unas arrugas que le daban un aspecto de terrible vejez.

Había bolsas bajo sus ojos, y daba la sensación de no haber dormido en toda la noche.

—Estoy muy preocupada, doctor —susurra.

El doctor Kinsey retiró lentamente de sus labios el cigarrillo que estaba fumando.

Su mirada era fría, gris, como esas miradas que a veces vemos en los cuadros de personajes célebres, esos personajes que parecen no haber existido nunca, que parecen no mirar a ninguna parte.

—¿Tanto le inquieta lo de Magda?

—Es que he llegado a quererla como a una hija.

—En apariencia, no le sucede nada grave. Habla como una persona normal y tiene un magnífico aspecto.

—¿Cómo puede decir eso, doctor? ¿Acaso no ha leído las últimas ediciones de los periódicos?

—Confieso que no. Siempre estoy muy ocupado, y apenas leo la Prensa. Durante la última semana, no conecté la televisión más que una sola vez. No obstante —añadió—, conozco por encima la horrible noticia de que quiere usted hablarme.

—Sí —dijo la señora Fremont, entrecerrando los ojos—, me refiero al crimen ocurrido en el colegio. Aquella mujer, aquella escandalosa artista de variedades con el cuello partido en dos —su voz se hizo profunda, densa, como si brotara de una gruta—. Aquella mujer degollada en un sitio donde los niños aprenden a vivir... Pero no fue eso lo más horrible, doctor Kinsey. Lo terrible fueron las declaraciones de Magda, esa pobre muchacha, cuando aquello se llenó de policía, durante la noche. No todos los periódicos han publicado eso, sino solo unos cuantos; pero es cierto.

—¿Qué quiere decir, señora Fremont? ¿Qué es lo que es cierto?

—Las declaraciones de Magda a los policías. Ella dijo que a aquella muchacha tenía que haberla matado Percy.

—¿Quiéeeeeeen?

—Percy, el que ahora yace bajo las olas. El que tenía que haberse casado con ella.

—¿Eso dijo?

—Sí, doctor Kinsey. Desgraciadamente, cada vez tenemos más motivos para pensar que se trata de una visionaria.

—Es necesario que alguien la atienda. Si esa muchacha sigue así, morirá de terror. Puede parecer una tontería en estos tiempos, pero yo he visto gente que *ha muerto de miedo.*

La señora Fremont se estremeció. De repente, una cosa fría, movediza, recorrió su espalda.

—Por eso he venido a verle, doctor Kinsey. Por eso le estoy robando unos minutos de su precioso tiempo.

—Veamos. La situación, tal como usted la plantea, es muy grave para esa mujer. Ella no se da cuenta, ella vive en un mundo irreal donde los muertos salen de sus ataúdes y hablan durante las noches, pero nosotros tenemos la obligación de salvarla. ¿Sabe usted dónde puedo encontrar su ficha médica? ¿En qué sitio estuvo internada antes?

—En el «Mental Institute», de esta misma ciudad. Unos pocos meses, pero fue bastante. Sufría alucinaciones.

—¿Sabe usted dónde podría hallar su ficha médica? —repitió el doctor Kinsey.

—Magda siempre tuvo una copia del diagnóstico, o mejor dicho la tuvo Percy, que entonces era su novio y como es lógico se interesó por ella. La copia quedó entre los papeles de Percy, cuando este murió. Yo la he recogido y la tengo aquí.

Tendió al doctor Kinsey una cuartilla mecanografiada sobre papel amarillento, con membrete. Este la desdobló con cuidado y la leyó atentamente, sin hacer un gesto, con cara de esfinge.

Luego se la devolvió a la señora Fremont.

—¿Y bien?... —preguntó esta.

—Se trata de una afección de tipo delirante, no hay duda. Esa muchacha ha estado al borde de la locura, sin darse cuenta. Ahora creo lo que no creí al principio; lo que me dijo usted de una supuesta conversación con el muerto. Es necesario que Magda sea atendida inmediatamente.

—Pero no la internará, ¿verdad? Es imprescindible que no la internen. Yo he venido a verle a usted como amigo del difunto Percy. ¡Es imprescindible que Magda viva su vida normal, que no la sumerjan aún más en ese mundo de pesadilla!

El doctor Kinsey volvió a fumar su cigarrillo pensativamente, mirando hacia un punto impreciso de la estancia.

Cuando llevamos a Magda al colegio para que volviera a dedicarse a la enseñanza, yo prometí que les ayudaría, si era preciso —dijo al fin—. Eso va a serme muy fácil, puesto que dos veces por semana voy al hospital. Allí podré someterla a un reconocimiento discreto, sin que ella se asuste.

—Eso es imprescindible, doctor. ¡Es absolutamente necesario que ella no se dé cuenta de que vuelve a sufrir pesadillas! Sería horrible que, para defenderse, afirmara haber visto a Percy realmente. Y eso es lo que sucederá, si cree que empezamos a considerarla una loca.

—Un loco y un visionario no son la misma cosa —precisó el doctor

Kinsey.

—Lo comprendo, pero yo solo sé que Magda está en peligro y no tiene a nadie en el mundo.

—¿Peligro? No puede usted imaginarlo bien. Los visionarios, aunque tengan visiones horribles, no suelen asustarse ante ellas, porque esas visiones pertenecen a su mundo, porque ellos ven, por ejemplo, un *vivo* donde nosotros solo veríamos un *muerto.* Pero de pronto, sin que se sepa por qué, el equilibrio se rompe, y entonces el muerto aparece verdaderamente ante sus ojos, y lo ven *tal como es,* y tienen la misma reacción de horror que tendría una persona normal. Es entonces cuando el verdadero peligro empieza. Es entonces cuando algunos de esos visionarios *mueren de miedo.*

La señora Fremont volvió a estremecerse, y otra vez sintió en la espalda aquella cosa movediza y fría.

—¿Cómo va a ayudarla, doctor? —preguntó—. ¿Cómo la convencerá para que vaya al hospital? No es aconsejable que usted la recoja en el colegio. Quizá se niegue a acompañarle.

—Lo comprendo.

—Además, la policía estará ojo avizor. No quisiera que usted se viese mezclado en un asunto desagradable.

—Pero... ¿es que no tienen ninguna pista?

—Ninguna absolutamente. Solo lo que ella ha dicho... Que oyó cómo la víctima, antes de ser asesinada, llamaba a Percy.

El doctor Kinsey dejó maquinalmente en el cenicero los restos de su cigarrillo.

—En tal caso, haré una cosa muy simple para que Magda vaya al hospital —decidió—. No fallará, porque lo he empleado otras veces en clínicas mentales. Le enviaré una nota citándola por la noche... y fingiré que la ha enviado el mismo Percy.

La señora Fremont sintió aquella cosa en la espalda. Era la tercera vez.

SEGUNDA PARTE

SIETE

La luz roja en la fachada sur del hospital, de espaldas al mar, iluminaba un descolorido mármol en el que estaba grabada la siguiente inscripción: «No admitance. Mortuary Hall».

Magda la leyó con ojos un poco extraviados, mientras el viento ululante de la noche hacía oscilar la lámpara de cristal rojo. «Prohibido la entrada. Depósito de cadáveres».

Una ráfaga de viento más intensa que las anteriores hizo oscilar peligrosamente la lámpara, y esta se apagó, dejándolo todo sumido en tinieblas. Magda contuvo un grito.

Instantáneamente, sin embargo, sus ojos se habituaron a la débil claridad de la luna en cuarto menguante. La puerta marrón del depósito de cadáveres arrojaba un débil brillo. Todos los cristales de las ventanas de aquella zona brillaban también levemente.

Aquella nave debía estar vacía, porque no se veía signo alguno de vida en derredor. El hospital debía llevar más bien una existencia agonizante, como una vieja ruina que se resiste a perecer del todo. Construido para más de mil enfermos, no albergaría ahora ni la décima parte.

Magda siguió caminando.

Sabía que cien yardas más allá del Mortuary Hall estaban los quirófanos. Era fácil reconocerlos, porque formaban como un pabellón aparte, con mucha luz cenital. Vistos desde fuera, parecían tan vacíos y tan abandonados como el depósito de cadáveres.

Era allí, en los quirófanos, donde tenía la cita con Percy.

Tocó el papel que llevaba doblado en el bolsillo y suspiró profundamente, haciendo acopio de fuerzas.

Una de las puertas estaba entornada. A través de ella no se veía más que una rendija de tinieblas.

Magda la empujó. La puerta chirrió levemente, como si llevara docenas de años sin ser abierta.

Más allá había una gran nave de techos abovedados, con una luz amarilla que apenas disipaba las tinieblas del fondo.

Magda entró.

El pasillo era interminable, angustiosamente estrecho, como los del colegio. Daba la sensación de que a una podían atraparla desde cualquiera de las puertas. La luz amarilla, al fondo, parecía un ojo que escrutase las tinieblas. Los pasos de Magda resonaron, parecieron repercutir uno tras otro en las cerradas puertas y en el alto techo que la vista no podía distinguir.

La hoja de madera que daba al exterior crujió otra vez al ser cerrada lentamente.

Magda volvió a rozar el papel guardado en su bolsillo. Estaba escrito con letras recortadas de los periódicos, pero todas eran letras cursivas, como le había dicho Percy que las emplearía. El mensaje era bien sencillo: «Ven esta noche a las diez, a los quirófanos del hospital. Estaré en el número tres. No faltes». Magda hubiera sido capaz de repetirlo palabra por palabra, después de leerlo una sola vez.

Los quirófanos estaban numerados y venían en orden: «Uno», «Dos», «Tres». Todos estaban oscuros. En el tres no había el menor resquicio de luz.

Magda contuvo la respiración y se acercó a la puerta. No tenía miedo, puesto que sabía que detrás de ella iba a encontrar a Percy. Ningún temor la asaltaba, ninguna duda. El siniestro crujido de la puerta al abrirse tampoco la hizo vacilar.

De pronto se detuvo, con todos los nervios en tensión, sintiendo que se erizaban de repente los cabellos de su nuca.

Acababa de oír pasos.

Nada más natural, en cierto modo, puesto que por fuerza tenía que haber en el hospital algún vigilante. Pero Magda supo desde el primer momento que aquello no era natural, que no era lógico.

De pronto, los pasos cesaron, y unos segundos después volvieron a oírse, ahora en otra dirección.

¡Eran pasos de mujer!

Magda empujó la puerta del quirófano con más fuerza de la que hubiera deseado. Esta chirrió bruscamente otra vez, de una forma extraña, y por unos segundos pareció como si hubiera gemido un ser humano. Magda se encontró en el quirófano, sin saber cómo, mientras los pasos se oían, quedos, al otro lado del pasillo.

Daba la sensación de que la mujer que producía aquellos pasos andaba sin rumbo, se había perdido.

Esto era lo que había dado a Magda la sensación de cosa ilógica. Una enfermera habría andado con seguridad, sin ninguna clase de vacilaciones.

Vio la gran lámpara del quirófano colgada sobre la mesa. Ahora esa lámpara estaba apagada, pero la luz de la luna penetraba débilmente a través de los cristales. Era posible distinguir el brillo de los instrumentos metálicos que había en el armario, el tenue resplandor de los mármoles, el reflejo mate que despedían las paredes pintadas con esmalte. Pero en todo el quirófano no se advertía el signo de ninguna presencia humana. Magda, tras contener la respiración, llamó en voz baja:

—¡Percy! ¡Percy!

Nadie contestó.

Fue entonces cuando ella miró hacia la mesa de operaciones. No lo había hecho antes por impedírselo no sabía qué extraño impulso, qué raro

temor al que no sabía dar nombre, y fue entonces cuando lo vio a él.

Percy estaba quieto, rígido, igual que cuando se lo llevaron en el ataúd, igual que cuando ella lo vio a través de la ventana del cementerio. Estaba tendido bajo la lámpara apagada, bajo la débil luz lunar que entraba por los cristales, y su inmovilidad era tan espantosa, tan definitiva como la misma inmovilidad de la muerte,

A pesar de la escasa luz, que apenas permitía descubrir sus facciones, Magda lo reconoció al instante. Era Percy, un Percy extraño, inalcanzable y lúgubre, pero tan real como si lo estuvieran tocando sus propias manos.

¿O quizá no?

¿O quizá todo aquello era una horrible pesadilla, algo que no tenía sentido, algo que había nacido exclusivamente en el mundo cerrado de su cráneo? ¿Era tal vez... una alucinación?

¡No! ¡Percy estaba allí!

Magda entreabrió los labios.

—¡Percy! ¡Percy!

Se adelantó hacia la mesa de operaciones, tendió los brazos y fue a tocarlo. Pero en aquel momento los pasos resonaron muy cerca, casi junto a la puerta.

Los extraños pasos de mujer.

Magda tuvo tiempo justo para apartarse y situarse muy cerca de una de las vitrinas con instrumentos quirúrgicos, donde apenas era visible. La luz lunar, en aquellos momentos, se hizo menos intensa, al ocultarse el astro de la noche. La puerta de cristales del quirófano fue empujada desde el exterior, abriéndose.

Los pasos de mujer parecieron llenar la ancha sala vacía, resonar en los armarios, en los mármoles...

Y entonces ocurrió algo que hizo recordar a Magda el escalofriante crimen del colegio. Al igual que había hecho Sally antes de morir, la desconocida que estaba en la puerta, susurró:

—Percy... Percy...

¡Llamaba a Percy! ¡Estaba susurrando su nombre, como lo había susurrado Sally antes de morir!

Magda conocía aquella voz. ¡La conocía!

La puerta se abrió del todo, y entonces Magda pudo ver a la extraña visitante del quirófano. Era una mujer joven, bien vestida, a la que había visto todos los días y todas las noches desde tiempo atrás. Era su propia compañera de habitación: ¡Jacqueline Poincaré!

La sorpresa dejó sin habla a Magda, mientras mil atropellados pensamientos acudían a su cerebro. ¿Qué hacía Jacqueline allí? ¿De qué conocía a Percy? ¿Por qué pronunciaba su nombre?

Los ojos de Jacqueline Poincaré fueron a la mesa del quirófano en último lugar, como había sucedido con ella. Se dilataron de asombro, mirándola. Jacqueline lanzó un grito ahogado.

Mordiéndose sus propios dedos para no gritar más, la joven salió bruscamente y cerró tras ella la puerta del quirófano.

Magda sintió que sus rodillas vacilaban. Haciendo un esfuerzo, corrió ella también hacia la puerta, abriéndola. Los pasos se perdían al fondo del pasillo. La luz amarilla seguía allí, como un ojo que lo avizorase todo, pero no disipaba las sombras.

Con un repentino gesto, Magda miró hacia atrás, hacia el quirófano. Estaba vacío, a excepción de Percy. Las manos de Percy, unas manos muy grandes y muy blancas, recibían ahora directamente la luz de la luna. Destacaban junto a las mangas negras. Estaban allí, quietas, solemnes y temibles bajo la luz de la luna.

Sintiendo un repentino vacío en torno suyo —como lo que sentimos cuando vamos a caer a un pozo o a un abismo—. Magda cerró la puerta y salió del todo al pasillo. Los pasos de mujer se habían perdido ya entre las sombras. Al fondo, Magda vio moverse algo blanco, como el sudario de un fantasma.

Algo que avanzaba poco a poco...

Un grito horrible estuvo a punto de brotar de su garganta, pero se dio cuenta a tiempo de que el que avanzaba no era un fantasma, sino uno de los enfermeros del hospital. La muchacha, tuvo tiempo justo de pegarse a uno de los ángulos del pasillo y evitar que la viese. La bata blanca del enfermero —un tipo alto y grueso— se movía exactamente igual que esas sábanas de los fantasmas que vemos en las pesadillas.

Sobre la bata, al pasar tan cerca de ella, Magda pudo leer incluso la inscripción: «Mortuary Hall». Era un empleado del depósito de cadáveres. Por allí, por aquellos pasillos interminables y mal iluminados, se dirigía a la Casa de los Muertos.

Magda contuvo la respiración.

Le hacía daño el pecho.

Vio perderse la figura blanca al fondo del pasillo y dejó transcurrir unos segundos más, para tranquilizarse y ordenar sus pensamientos. Era extraño que Percy no hubiera salido, que no se hubiera dado cuenta ya de su presencia. Y la muchacha iba a entra de nuevo en el quirófano cuando oyó otra vez los pasos de mujer.

Era Jacqueline Poincaré, sin duda. Volvía por el fondo del pasillo, después de haber desorientado al hombre de la bata blanca.

No supo por qué, pero Magda no se movió ni se hizo visible tampoco. Quiso dejarla actuar a ella.

Jacqueline llegó de nuevo junto a la puerta del quirófano. Sus labios se entreabrieron para musitar:

—Percy...

Y la puerta se abrió de pronto. No del todo. Se abrió solo lo suficiente para que por el hueco pudiera aparecer la mano derecha de Percy armada con un cuchillo.

Era un cuchillo largo, de forma curva, igual que el que debía haber servido para malar a Sally.

Jacqueline lanzó un aullido al verlo, e intentó huir, pero fue alcanzada. El brazo, muy rígido, como el de un muñeco mecánico, se abatió dos veces sobre ella. La hoja de metal le rasgó el cuello. Brotó un angustioso surtidor de sangre.

El grito de agonía de Jacqueline se mezcló al grito de horror, de angustia, de incomprensión, lanzado también por Magda. Vio a Jacqueline caer, y notó que la puerta del quirófano se abría un poco más. El cuchillo ensangrentado brilló ante sus ojos. Y entonces sí que el grito agónico, infrahumano partió de la garganta de Magda.

Echó a correr y notó a su espalda el sonido de la puerta del quirófano al abrirse del todo. Enseguida ruido de pies, ruido de alguien que la seguía... ¡el ruido de la propia muerte que iba tras sus pasos!

Otra vez Magda gritó, otra vez su garganta pareció romperse en el gemido agónico, y entonces tropezó con una puerta cerrada. Los pasos llegaron más cerca. Se dio cuenta de que estaba encerrada, de que había caído en una trampa. Fue a volverse para ver la muerte cara a cara, y entonces una mano cayó sobre ella.

OCHO

—¿Qué ocurre?

Los pasos cesaron de pronto. Se hizo en el pasillo, en todo el edificio, un espantoso silencio.

Más que nunca, aquello tenía todo el aspecto de una pesadilla.

Magda volvió la cabeza poco a poco, como un muñeco automático estropeado, temiendo verse cara a cara con el extraño ser que había degollado a Jacqueline Poincaré.

Sus ojos extraviados tropezaron con la inscripción sobre la bata blanca: «Mortuary Hall».

—¿Qué ocurre?

El empleado alto y grueso, el tipo que antes se había dirigido al depósito de cadáveres, la miraba con expresión perpleja. Magda se dio cuenta de que aquel individuo tenía tanto miedo como ella, y eso, por extraño que parezca, la tranquilizó. Dirigió una rápida mirada al pasillo y se convenció de que este se hallaba desierto.

Ni rastro del extraño ser que la había perseguido. Ni rastro tampoco del cadáver de Jacqueline Poincaré.

La mano del hombre de la bata blanca, temblaba.

—¿Quién es usted?

—Soy... profesora del colegio.

—¿Qué hace aquí?

—Tenía... una cita.

Los labios del hombre se distendieron en una sonrisa, mitad comprensiva mitad burlona.

—¿Una cita? Una cita sentimental, naturalmente. ¿Y aquí? ¿Es que no podían elegir otro sitio mejor?

—Me he perdido...

—¡Es usted una puerca! —gritó de pronto el hombre, apretándole el brazo furiosamente—. ¡Seguro que encandila a uno de nuestros enfermos! ¿Es que no hay bastantes hombres sanos por ahí, para que tenga que perseguir a un pobre hospitalizado? Yo sé un sitio donde tendrían que estar todas las mujeres como usted, que luego se las dan de morales: ¡la cárcel!

A Magda se le contrajo la garganta.

Jamás la habían insultado de aquel modo, y jamás habían supuesto de ella cosas tan horribles. ¡De modo que aquel tipo la consideraba la «novia» de uno de los enfermos! ¡Y quién sabe si algo peor, quién sabe si creía que ella estaba sacando dinero a un hospitalizado! Su primer instinto fue abofetearle, y su dignidad de mujer ofendida fue a saltar ante aquellas

palabras brutales.

Pero inmediatamente se dio cuenta de que eso la favorecía. Al fin y al cabo, era una explicación de su presencia allí. Aquel hombre no la suponía ligada con Percy, y mucho menos ligada con un crimen.

Pero, ¿y el cadáver de Jacqueline? ¿Dónde podía estar el cadáver de Jacqueline Poincaré?

El hombre notó las vacilaciones de Magda.

—Diga: ¿a qué enfermo pensaba ver usted? ¡Pediré que lo trasladen inmediatamente!

—Se llama... Henry.

—¿Henry qué más?

—Henry Larness.

—No lo recuerdo... Claro que yo solo soy un empleado de la parte más tétrica, un empleado del depósito de cadáveres. ¿Por dónde ha conseguido entrar usted?

—Por los quirófanos. La puerta estaba abierta.

—Es extraño. Hubiera tenido que estar cerrada. ¿Y dónde tenía que encontrarse con ese tal Henry Larness?

Magda decidió jugárselo todo a una carta. No podía marcharse sin ver de nuevo el quirófano. Aunque el asesino estuviese todavía allí no podría hacerle nada al verla con aquel hombre.

—En el quirófano número tres —dijo con un soplo de voz.

—Vamos allá.

Avanzaron. La luz amarilla del fondo, ya antes muy débil, parecía haberse debilitado más aún. Junto a la puerta del quirófano había unas manchas de sangre, pero el hombre de la bata blanca no reparó en ellas, aunque estuvo a punto de pisarlas y resbalar.

Empujó la puerta.

Magda miró enseguida hacia la mesa, hacia el lugar donde había estado antes Percy. ¿Sería tan estúpido como para permanecer aún allí? ¿Se delataría él mismo?

Pero, no. Percy ya no estaba. El hombre de la bala blanca lanzó un gruñido sordo al ver lo que había encima de la mesa.

¡El cadáver de Jacqueline!

Alguien lo había puesto allí, con la cabeza inclinada hacia abajo en la mesa de operaciones, de modo que se veía perfectamente el horrible tajo que le había segado la vida. Las manos de Jacqueline aún estaban crispadas en un último espasmo de horror La luz de la luna iluminaba claramente las manchas de sangre que habían ido goteando hasta el suelo.

Magda sintió que se le doblaban las rodillas. Para no caer, tuvo que apoyarse en la puerta. Esta cedió y, sin saber cómo, la muchacha se encontró fuera del quirófano.

El hombre de la bata blanca, dominado por un oscuro instinto profesional, se había acercado al cadáver. Sus ojos expertos recorrieron la

herida, tratando de adivinar el instante exacto en que se había producido la muerte. Una mueca de estupor le hacía abrir la boca.

No se dio cuenta de que la muchacha acababa de desaparecer. El movimiento de Magda había sido rápido, precisamente porque fue instintivo. Se vio sola otra vez, en el largo pasillo, únicamente alumbrado por la luz amarilla, y de nuevo la acometió un sentimiento de terror.

El asesino tenía que bailarse aún allí. ¡El asesino de Jacqueline todavía debía estar acechando!

Una mano suave se posó entonces en su espalda.

* * *

Magda se volvió esta vez directamente, sin vacilar, sintiendo ya el frío de la muerte en su garganta.

La mano que había rozado su espalda cayó entonces sobre su boca. La muchacha quiso gritar y no pudo, porque aquella mano férrea se lo impedía. Fue arrastrada a lo largo del pasillo por unos brazos hercúleos.

No supo cómo, se vio en el exterior. El viento fresco de la noche fue como una caricia en su piel. Pero no comprendía por qué el asesino la había arrastrado hasta allí para matarla.

De pronto, los brazos hercúleos la soltaron. Una voz suave dijo a su lado:

—Pronto. Tengo ahí un coche.

Magda sintió que sus rodillas se doblaban otra vez.

—Es usted...

—¿Tanto le extraña?

Clive Sanders la empujaba hacia el coche. Era un «De Soto», seguramente alquilado, y de color negro para que se confundiese fácilmente con las sombras de la noche.

—Vamos, suba.

Magda subió, o mejor dicho se dejó caer sobre el asiento delantero, al abrirle él la puerta. Clive entró rápidamente por el otro lado y puso el «De Soto» en marcha.

Se encendieron, de pronto, varias luces en la parle del hospital donde estaban los quirófanos.

—¡Se han dado cuenta de que huyo! —gimió Magda—. ¡Dentro de un minuto nos perseguirán!

—No tema —dijo Clive—. Afortunadamente, esto es un hospital y no una cárcel. No hay ahí sirenas ni timbres de alarma. Al fulano que ha descubierto el cadáver no le quedará más remedio que avisar a la Dirección por el teléfono interior, y eso requerirá un tiempo.

—¿Cómo sabe usted que han descubierto un cadáver?

—Lo he visto yo mismo cuando empujaban la puerta del quirófano para entrar, hermana. Tengo ojos.

—¿Estaba allí?

—En el recodo del pasillo, casi frente al quirófano.

—Entonces, ¿habrá visto?

—¿Quiere decir si he visto al asesino? Desgraciadamente, no. He llegado por un extremo del corredor mientras usted se acercaba por el otro con el sujeto de la bata blanca.

Clive conducía con seguridad y muy rápidamente. Su traje oscuro casi le bacía invisible en la oscuridad del coche, y era muy fácil que le hubiera hecho pasar inadvertido en el corredor mal iluminado. De todos modos, Magda tenía un pensamiento en la cabeza. Tenía un horrible pensamiento clavado allí, como un hierro al rojo vivo.

—Si usted no ha visto al asesino, es que el asesino es usted —jadeó.

—¡Hum! —dijo él, sin ofenderse—El trabajo del tipo que ha matado a Jacqueline ha sido chapucero y poco limpio. Seguro que se ha puesto las manos perdidas de sangre, y en los pocos instantes transcurridos no ha tenido tiempo de lavárselas aún. Mire mis manos —encendió la luz interior del coche—. ¿Tienen alguna señal le sangre? Véalas bien.

Magda las miró, a pesar suyo. No, no había señales de sangre. No obstante, la mano derecha, grande, y fuerte, parecía la misma que había surgido por la puerta del quirófano empuñando el cuchillo. Clive usaba traje oscuro, como Percy. Resultaba muy difícil distinguir. Era como para volverse loca.

—Cuando mataron a Sally, usted fue la primea persona a la que vi después de descubrir el cadáver —jadeó Magda—. Ahora han asesinado a Jacqueline, y el primer hombre que veo sigue siendo usted.

—No le extrañe.

—¿Es que le parece normal?

—Lo es, puesto que la sigo desde hace tiempo.

Magda tragó saliva penosamente.

—¿Me sigue?

—Desde que sepultamos a Percy bajo las olas.

Magda volvió a tragar saliva. Se notó de una forma casi angustiosa la crispación de los músculos de su garganta.

—No le gusta recordar eso, ¿verdad? —preguntó Clive sin mirarla—. No le gusta recordar el ataúd ni el ancla.

—No.

—Sin embargo debe convencerse de que todo ha pasado ya. Trate de reflexionar serenamente. Es usted una mujer joven y libre. En mi opinión, debería cambiar de aires; debería irse, incluso, de los Estados Unidos.

—¿Por qué?

—Fuera estaría más segura.

—¿Es que cree que alguien pretende asesinarme?

—Esta noche pudieron hacerlo.

—Y si usted estaba allí, ¿por qué no lo impidió?

—No estuve allí desde el primer momento. Desconocía el hospital. Di un par de vueltas inútiles hasta llegar, y para entonces todo había sucedido ya.

Pasaron de largo ante el colegio. Los sombríos edificios parecían esfumarse en la noche. Magda se estremeció.

—¿A dónde me lleva?

—A Nueva York.

—Pero... ¿no se da cuenta de que es peor? Me buscarán. Dije al hombre de la bata blanca que yo era una profesora de este colegio, aunque no me creyó. Sin embargo, ahora recordará esa frase. Descubrirán que Jacqueline Poincaré también era una profesora, y a partir de ese momento todas las pistas llevarán al colegio. Le aseguro que dentro de media hora la policía está ahí... para encontrarse con que yo, precisamente yo, he desaparecido.

—Lo sé.

—¡Entonces, no me meta en este lío! ¡Sáqueme de este maldito automóvil y déjeme en el colegio!

Clive seguía sin mirarla. Su voz era tranquila cuando preguntó:

—¿Qué va usted a explicar?

—Pues... pues...

—No tiene ninguna explicación, ¿verdad? O quizá sí que debe tenerla, pero no quiere confiarse a nadie.

—No me haga preguntas. Yo no le he preguntado nada a usted.

—Es terca —dijo Clive—. ¿Sabe? Yo siempre he admirado a las mujeres tercas, porque tienen más personalidad. Pero al no querer hablar con nadie usted trabaja contra sí misma. Todo el pape] que ha jugado esta noche, tiene una explicación. Pero si usted no ofrece esa explicación a nadie, la solución que hallará la policía será solo una: usted estaba allí para cometer el crimen. Al fin y al cabo, fue la última persona que vio viva a Jacqueline Poincaré. La única que pudo arrastrarla a ese lugar siniestro, donde le sería fácil acabar con ella.

Aquellas palabras hubieran asustado a cualquier otra mujer, pero dejaron insensible a Magda.

—¿Por qué fue allí? —preguntó Clive—. ¿Quién la citó? Usted no hubiese ido, si no la hubiera citado alguien.

Ella se mordió los labios.

—Dejemos eso.

—¿Por qué? Es importante, lo más importante de su vida. ¿Quién la citó allí? ¿A quién tenía que ver?

—A Percy.

Los labios de Magda temblaron al pronunciar aquel nombre. También temblaron los labios de Clive.

—¿Lo vio?

—Sí...

Él se mordió el labio inferior, hasta destrozárselo. Ya estaba allí el

problema, ya estaba el obsesionante enigma. ¿Por qué aquella muchacha aseguraba haber visto a Percy, el hombre sepultado bajo las aguas? ¿Hasta qué extremo llegarían sus increíbles pesadillas?

NUEVE

Magda se llevó la mano derecha a la frente, abrumada, sintiendo que toda la habitación daba vueltas alrededor suyo.

No hacía ni veinte minutos que estaba allí. Clive Sanders la había hecho penetrar hasta el corazón de Nueva York, dejándola luego en casa de la señora Fremont. Dijo que aquel era un lugar seguro, donde nadie vendría a molestarla.

Y, en efecto, todo parecía tranquilo.

Todo estaba tan tranquilo como una tumba. Todo recordaba la invisible presencia de Percy.

La señora Fremont entró. Portaba una bandeja con un plato, una servilleta y una taza de té.

—Toma; esto te sentará bien.

Magda se sobresaltó. Miró las mil diminutas arrugas en el rostro de la señora Fremont. Quizá nunca hasta ahora se había fijado en aquellas amiguitas, en la expresión extraña que daban a sus facciones. Repentinamente, le pareció una persona distinta.

—Esta taza de té te calmará —repitió la dueña de la casa—. Necesitas dormir, Magda. Necesitas dormir como sea...

—¿Qué le ha dicho Clive?

—Que estarías unos días aquí y que te cuidara mucho. Dice que mañana por la mañana vendrá a verte.

—¿No habrá puesto ningún somnífero en este té?

—¡Cielos! ¿Cómo puedes pensarlo?

Magda bebió. El té estaba bueno y reconfortaba, puesto que la señora Fremont le había añadido un chorrito de anís. Al terminar el contenido de la taza, se sintió mucho más aliviada, aunque un cansancio que parecía llegar hasta el fondo de sus huesos se apoderó de ella.

—¿Quieres que le ayude a desvestirle? —preguntó la señora Fremont.

—No, gracias... Me tenderé un momento en la cama, sin quitarme las ropas. Gracias...

Se tendió en el lecho al salir la señora. Una sensación de estupor, de aturdimiento, la invadía por segundos. Pero era un estupor agradable, como el que uno siente cuando por fin va a descansar después de largas horas de trabajo. Magda cerró los ojos.

El pensamiento penetró entonces, sinuoso, a través de las paredes de su cráneo:

«Me ha puesto un narcótico en el té... Me ha puesto un narcótico, a pesar de decirme que no lo había hecho...»

Intentó abrir los ojos, pero no pudo. La piel de sus párpados parecía estar pegada. Logró al fin alzarlos un poco, con un violento esfuerzo de voluntad, y vio, o creyó ver, a la dueña de la casa que entreabría la puerta para mirarla fija, muy fijamente...

Luego, Magda quedó profundamente dormida.

* * *

La señora Fremont, caminando de puntillas, cerró la puerta del dormitorio y se acercó al teléfono de pared que estaba en el pasillo. Marcó un número nerviosamente.

—Doctor Kinsey...

Alguien respondió al otro lado del hilo.

—Siento molestarle a estas horas, doctor —dijo la señora Fremont temerosamente—, pero lo que pencábamos ha vuelto a ocurrir. Tengo aquí a Magda. Me la ha traído un hombre, un antiguo amigo de Percy. Ella asegura que ha visto a Percy otra vez. Otra alucinación.

La voz se alteró al otro lado del hilo:

—Ya son demasiadas veces... Esa muchacha va a acabar loca perdida, si no se pone remedio... Ha tenido usted suerte al encontrarme, porque esta noche no me he movido de Nueva York. Mañana vendré a buscarla y solicitaré consulta para conocer la opinión de varios colegas.

—Doctor Kinsey... ¿hizo usted lo que acordamos? ¿La citó usted?

—Sí. La cité para mañana.

—Ella ha ido esta noche.

—¿Esta noche? ¿Por qué? ¡Es increíble!

—Alguien que no es usted la citó para hoy. Es algo terrible, doctor, algo terrible... Ella no hubiese ido, caso de no creer que la cita era del mismo Percy.

—¡Pero si Percy no existe! ¡Es ridículo!

—No solo es ridículo, doctor, sino angustioso... El último boletín de noticias locales de la televisión acaba de decir que se ha cometido un crimen en el hospital... Sí, una muchacha apuñalada, igual que en el colegio... Y lo terrible es que han hallado el arma homicida con huellas digitales... No sé si será fantasía del comentarista, pero dice que ya han hecho averiguaciones en esos gigantescos ficheros de huellas que tiene la policía... y que las huellas del puñal coinciden con las de Percy, el hombre cuyo cadáver yace bajo las aguas...

DIEZ

El doctor Kinsey consultó su reloj y dijo quedamente:

—Lamento haber llegado con un poco de retraso, señora Fremont. Y lo lamento doblemente porque tengo gran interés en hablar con usted, antes de reconocer a la enferma.

La señora Fremont parpadeó, y sus labios temblaron un poco.

Tenía otra vez aquella mirada extraña, aquella mirada lejana y fría que había inquietado a Magda.

—¿Quería hablar expresamente conmigo? ¿Por qué? —preguntó.

—Usted me engañó anoche, y ha llegado el momento de poner las cosas en claro. Como médico no quiero responsabilidades, señora Fremont. ¿Qué juego se trae usted con esa muchacha? ¿Qué es lo que oculta?

—¿Ocultar?...

—Sí. He leído los periódicos, y por lo que estos afirman hay una mujer envuelta en el crimen. Puede que la policía aún no sepa exactamente quién es, pero nosotros dos sí que lo sabemos: se trata de Magda. Y sepa usted que una visionaria es una persona respetable e inofensiva hasta que se ve envuelta en un asesinato. A partir de ese momento, se convierte en un barril de dinamita que puede estallar en cualquier instante.

—¿Qué quiere usted decir?

—No estoy dispuesto a seguir atendiendo a esa muchacha, sin antes advertir a la policía. La sola sospecha de que yo estoy envuelto en ese sangriento asunto, arruinaría mi carrera. Usted debió contarme anoche todo lo que había sucedido.

—Pensé que sería mejor decírselo hoy. No me gusta hablar por teléfono de cosas escabrosas... ni de cosas increíbles.

—¿Se refiere a lo de Percy?

—¿A qué otra cosa podría referirme?

—Lo que dijo la televisión acerca de las huellas tiene que ser fantasía del comentarista o pura coincidencia. Hay una cosa evidente y que nadie puede negar: usted vio el cadáver de Percy. Yo certifiqué su defunción. Sus propios compañeros de la Marina le ataron un ancla al ataúd y enviaron este a hacer compañía a los tiburones. Que luego Percy cometa crímenes en los colegios y los hospitales me parece demasiada broma. En fin —añadió, encendiendo un cigarrillo con gestos maquinales—. Ya conoce mi posición. Y permítame que le diga que la suya no me parece nada clara, señora Fremont.

La vieja dama no se inmutó.

Seguían marcándose en su rostro mil arrugas diminutas. El doctor

Kinsey también tuvo la sensación de que se fijaba en ellas por primera vez.

—¿Quiere ver a la enferma? —preguntó con tono glacial la señora Fremont—. Le puse un narcótico anoche, pero hace unos cinco minutos ya se estaba recuperando.

—Le diré con toda claridad que tiene que volver al colegio —aseguró enérgicamente el doctor Kinsey.

—Puede decirle lo que crea justo.

—¿Sabe también que podría verse envuelta en este feo asunto, señora Fremont?

—Vivo aterrorizada por lo que sé, doctor Kinsey. Los ojos de esa muchacha han visto cosas que nosotros no podemos ni siquiera imaginar, y eso hace que tenga que morderme los labios durante las noches para no lanzar alaridos. Temo que mis ojos puedan ver lo que han visto los suyos. Percy murió en esta casa...

—Haré una copia fotográfica del certificado de defunción y se lo plantaré a usted en un marco —dijo Kinsey.

—Eso es lo que me hace temer. Que se trata de un muerto.

—¿Quiere callarse ya?

El doctor Kinsey había apretado los puños de repente. Parecía a punto de sufrir un ataque de nervios.

—¡Cállese! —repitió—. ¡Conseguirá usted hacerme creer que esta casa huele a muerto!

—Aquí no se ha cometido ningún crimen.

—¡Pero se cometerá, si esto sigue así!

Kinsey avanzó hacia la habitación donde estaba Magda, siguiendo la muda indicación de la dueña de la casa. Avanzó por el largo pasillo, cuyas paredes estaban cubiertas de cuadros de los antepasados de la señora Fremont, cuadros de seres que ya no existían, que habían atravesado muchos años antes las fronteras del Más Allá. La invisible presencia de aquellos muertos hacía que Kinsey odiara aquella casa.

Pero evitó mirarlos y entró, sin llamar, en la habitación de Magda.

La joven se había sentado ya en el lecho. Sus ojos desorbitados miraban al vacío. Estuvo a punto de lanzar un grito al ver abrirse de pronto la puerta de su habitación.

El doctor Kinsey la tranquilizó con su gesto.

—No se inquiete; he venido a ayudarla. Sé que ayer recibió usted un rudo golpe, y que se encuentra en un apuro.

Magda no contestó.

Miraba a todas partes como si se sintiese acorralada, como si aún temiera ver aparecer por cualquier lado aquella mano fantasmal que acabó con la vida de Jacqueline Poincaré.

Parece que ha descansado usted dijo el doctor Kinsey, sentándose en un borde del lecho—. Su aspecto es magnífico, a pesar de todo. ¿Qué tal se ha sentido durante la noche?

Magda habló como si su voz llegara desde muy lejos:

—La noche ha estado... llena de pesadillas.

—¿Vio en ellas a alguna persona concreta?

—Prefiero no hablar de eso, doctor. ¡No quiero hablar de eso!

El doctor Kinsey tuvo una sonrisa comprensiva para la muchacha.

—Me hago cargo, me hago cargo... Debe procurar no excitarse. ¿Quiere unas pastillas calmantes?

—No quiero más somníferos. La señora Fremont me engañó anoche.

—No se trata de un somnífero, sino de un simple calmante. Pero no quiero obligarla; tiene usted ya el suficiente criterio para saber lo que le conviene. Por cierto; no habrá leído los periódicos de hoy...

—No —dijo Magda con un soplo de voz.

Y hundió la cabeza sobre el pecho, como si ya conociera de antemano todo el horror que aquellos periódicos contenían.

—La situación es confusa y muy molesta para todos —dijo tranquilizadoramente el doctor Kinsey—, pero debemos afrontarla. Quiero decir, que si usted fue testigo de algo que pueda interesar a la policía, no puede andar escondiéndose toda la vida y jugando al ratón y al gato. Darán con usted en cuanto se lo propongan, y entonces será mucho peor. Yo opino que debe tomar una decisión.

—¿Qué clase de decisión, doctor?

—Tiene usted que adoptar una actitud natural y correcta. Es imprescindible que vuelva al colegio.

Los párpados de Magda sufrieron una sacudida.

—¿Cree que puedo volver allí? ¿Cree que puedo acostarme de nuevo en la habitación de... de...?

—Me hago cargo —atajó rápidamente el médico. No debo ocultarle que yo tampoco tendría valor. Pero, al menos, yendo allí, no podrán acusarla de haberse fugado. También, y esto es muy importante, estará protegida por la policía.

—Por la policía, ¿contra quién?

Kinsey hizo una mueca y miró significativamente a la señora Fremont.

—Contra... muchas cosas.

La señora Fremont se mordió los labios y estuvo a punto de contestar algo, pero el médico se lo impidió con un suave gesto.

—Yo solo pretendo ver a Magda rodeada de policías por todas partes. Todo su mal viene de la soledad. En cuanto se sepa segura, en cuanto se convenga de que ningún enemigo puede atacarla, todas sus pesadillas desaparecerán.

—¿Pesadillas? ¿Cree que he sufrido pesadillas? —gritó Magda, mientras sus uñas arañaban el cobertor, sin que ella misma se diera cuenta.

—No quiero dar un diagnóstico ahora —dijo Kinsey, pretendiendo no discutir—. Pero lo evidente es que necesita no estar sola. Arréglese y vuelva cuanto antes al colegio. Vaya usted a los policías antes de que los

policías vengan a usted; créame que la situación es muy distinta. Además, es seguro que allí no estará sola.

Magda susurró casi sin voz:

—Lo haré...

Salieron de la estancia. Magda fue al cuarto de baño contiguo, se arregló presurosamente y momentos después salía al *hall,* donde ya la aguardaba el doctor.

La muchacha no miraba a ninguna parte. Daba la sensación de pertenecer a otro mundo. De estar viviendo una alucinación.

La señora Fremont se la quedó mirando mientras las mil arrugas diminutas volvían a surcar su rostro.

El doctor Kinsey ayudó a subir a la muchacha a su automóvil, un «Cadillac» bastante ostentoso, color negro. Magda se sentó ante el parabrisas y tuvo que cerrar los ojos.

Sentía que todo daba vueltas en derredor suyo.

Inmediatamente, apenas el «Cadillac» se hubo puesto en marcha, otro automóvil arrancó suavemente tras ellos.

ONCE

El teniente Madison, de la Brigada de Homicidios, se frotó los ojos y dijo con desgana:

—La noche pasada no pegué un ojo, hermanita, y esta lleva camino de ocurrir lo mismo. Firme de una vez su condenada declaración y déjeme ir a descansar; es un favor que le pido.

Magda contempló el papel mecanografiado que tenía a su alcance, sobre la mesa.

A la derecha, por la ventana, penetraban las primeras luces violeta del crepúsculo.

—¿Puedo leerla otra vez? —preguntó con voz inexpresiva.

—¡Pero si la ha leído ya una docena de veces! —gritó Madison—. No me exaspere, por favor. Tiene que estar conforme con todo esto porque lo ha dicho usted misma. ¡Fírmelo de una vez y permita que me vaya a dormir, al menos esta maldita noche!

—Si supiera lo confundida que estoy, si supiera usted que...

—Está bien, le resumiré lo que hay aquí escrito —suspiró Madison—. Usted recibió un recado de Percy, su ex prometido, para que fuese a verle a los quirófanos del hospital. Incluso nos ha entregado la nota que él le envió y cuyas letras pudo haber recortado y pegado cualquier persona. Fue allí, lo encontró descansando sobre una mesa de operaciones, y, aunque la luz era escasa, pudo reconocerlo perfectamente. Acto seguido, oyó unos pasos de mujer y vio entrar a su compañera Jacqueline Poincaré, la cual había pronunciado antes el nombre de Percy. Sin embargo, cosa extraña, pareció como si ella, se asustase mucho al verlo allí, Jacqueline salió, usted también, y perdió contacto con ella a causa de pasar por el corredor uno de los empleados del depósito de cadáveres. Cuando este ya estaba lejos, Jacqueline se acercó de nuevo a la puerta del quirófano. En ese momento apareció una de las manos de Percy, la cual empuñaba un gigantesco cuchillo. Jacqueline fue degollada, y usted huyó, siendo alcanzada por el empleado del depósito de cadáveres. En un momento de distracción de este, la ayudó a escapar un oficial del Servicio de Inteligencia de la Marina llamado Clive Sanders. ¿Es todo eso cierto?

Magda dijo con un soplo de voz:

—Sí...

—Pues firme y acabemos.

Magda firmó.

Su mano temblaba al hacerlo.

—Parece usted muy asustada dijo Madison—. ¿Por qué estarlo? Nadie

se la va a comer. Aquí está segura. Procuraremos que los chicos no lo noten, pero hay policías detrás de cada puerta.

—No estoy asustada por eso —susurró Magda.

—¿Entonces por qué?

—No puede usted imaginarlo.

—Claro que no, nena, y menos hoy. Tengo sueño.

—Estoy asustada porque no me han detenido ustedes.

Madison parpadeó.

—¡Vaya! Es usted la primera mujer que se disgusta de que no la encierren. ¿Qué pasa? ¿Es que se sentiría más segura allí?

—No es eso. Usted sabe que no es eso. El que no me hayan detenido indica que no me han tomado en serio. Para usted, mi declaración ha sido perder el tiempo desde el principio al fin. Me toman por una visionaria; archivarían este papel y en paz. En mejor de los casos lo pasarán a un médico siquiatra. Tampoco han detenido a Clive Sanders porque suponen que lo de su intervención también son imaginaciones mías. Piensan que él jamás estuvo allí, ¿no es cierto?

—No tengo inconveniente en decirle que en su declaración así lo afirma —suspiró cansadamente Madison—. Según él, no ha estado jamás en ese hospital tan bonito que se ve desde el colegio. ¿A quién creemos de los dos? —hizo un saludo y se guardó el papel en el bolsillo—. La solución la próxima semana, hermanita.

Salió de la habitación.

Magda, al verse sola, sintió que se le erizaban los cabellos de la nuca. Pero fue solo un momento. Inmediatamente la luz violeta del crepúsculo la tranquilizó.

No sabía decir por qué, pero aquella luz funeraria calmaba poco a poco sus nervios.

Miró su reloj. Las ocho.

Hacía ya horas que el doctor Kinsey la trajo allí. Horas que la puso en manos de la policía y dijo que él no quería responsabilidades en aquel enojoso asunto. Y parecía haber transcurrido un siglo desde que ella empezó a contar aquella historia en la que nadie creía.

Magda, con dedos temblorosos, intentó encender un cigarrillo, pero no pudo. La llamita del fósforo empezó a oscilar ante sus ojos. Al fin tuvo que dejarlo caer.

Fue entonces cuando escuchó el primero de aquellos golpecitos.

Eran unos golpecitos bien daros, bien distanciados, y subían por el tubo de desagüe del lavabo. Magda sabía que aquel tubo terminaba en los sótanos del colegio, y que el que daba los golpecitos sobre el metal tenía que estar allí. Sus oídos, acostumbrados, distinguieron con claridad: Punto-Raya... Raya. Punto, Raya, Punto... Un mensaje completo en Morse. Un extraño mensaje que le llegaba desde las entrañas tenebrosas del edificio.

Los ojos de Magda se fueron volviendo vidriosos mientras descifraba.

Sus labios temblaron un momento, mientras captaba el mensaje.

¿De modo que no la creían? ¿De modo que todo lo que había dicho a la policía eran las declaraciones de una loca?

Los puntos y rayas dejaron de ser transmitidos. Con la misma rapidez con que había empezado, el mensaje cesó.

Los labios de Magda temblaron aún.

La puerta se abrió poco a poco.

—¿Qué quiere usted, Clive?

La voz de la muchacha había sido lejana e indiferente, como si llegara de otro mundo.

—Necesitaba asegurarme de que está usted bien.

—¿Quiere hacerme creer que eso le importa?

—Lo que a usted pueda ocurrirle, es en estos momentos lo más importante para mí. ¿Puedo entrar?

—¿Y por qué no?

Clive se apoyó en la pared, frente a ella. Su alta estatura dominaba la pieza. Sus ojos grises tenían un extraño reflejo a la luz violeta del crepúsculo.

—¿Un cigarrillo?

Gracias; he intentado fumar hace un momento y no lo he conseguido.

—¿Estaba intranquila?

—¿Por qué había de estarlo?

—La policía no ha creído su declaración.

—Pero sí la suya —dijo ella, mirándole a los ojos—. Al parecer, nuestras declaraciones son distintas. ¿Qué pretende usted? ¿Qué me tomen definitivamente por una loca?

—Si yo fuera el asesino, tendría un gran interés en eso —dijo calmosamente Clive.

—Pero usted no es el asesino.

—¡Vaya! —sonrió él sin ganas—. Me tranquiliza.

—El asesino es...

—No diga su nombre musitó él—. Nadie la creerá.

—¿Ni usted?...

—¿Por qué había de creerla precisamente yo?

Los ojos grises de Clive seguían teniendo extraños reflejos a la luz violeta del crepúsculo. Aquella tranquila habitación, donde hasta la noche anterior aún durmió Jacqueline Poincaré, parecía guardar la quieta presencia de la muerta.

—Usted vio todo lo sucedido dijo Magda.

—Yo vi las cosas cuando ya estaban terminadas; de otro modo, el asesino no hubiera podido cometer su crimen. Pero dejemos eso ahora, Magda. ¿Va a dormir aquí?

—¿Y usted? ¿Cómo le permiten seguir en el colegio? ¿Se ha matriculado, acaso, para el primer curso de Gramática?

—No le parezca extraño —suspiró Clive—. Soy, en cierto modo, un «polizonte» más. No olvide que pertenezco a los Servicios de Información de la Marina de Guerra. Algo así como un servicio de contra espionaje, si le parece mejor. Me permitirán quedarme.

—Le advierto que no voy a sentirme más tranquila por el hecho de que vigile usted. Si no pudo impedir dos crímenes, tampoco podría impedir el tercero.

Clive sonrió. Su sonrisa era cansada, un poco amarga. Y cuando aquella sonrisa cesó, sus labios se desplegaron otra vez para hacer la pregunta más extraña del mundo:

—¿Quería mucho a Percy, Magda?

—¿Por qué me pregunta eso?

—No sé; pienso a veces que debe sentirse muy sola.

—Eso no le importa, Clive.

—Yo, a veces, me siento muy solo también, y eso sí que me importa.

—Váyase.

Clive Sanders volvió a sonreír. Fue hasta la ventana y la cerró suavemente.

—Así se sentirá más segura. Buenas noches.

Y salió de la habitación, cerrando cuidadosamente la puerta.

Instantes después se había perdido como una sombra más por el pasillo interminable.

DOCE

Magda aguardó.

Es terrible aguardar con todos los nervios en tensión, en un gran edificio silencioso, sabiendo que todas las puertas están guardadas y que los que las guardan la consideran a una perdidamente loca.

Magda pensaba eso.

Llegaban hasta ella, con nítida claridad, los sonidos más vulgares, en los que antes nunca se fijó: el gotear de los grifos mal cerrados, los pasos del jardinero sobre la gravilla del jardín, el chirriar de las lejanas puertas al final de los pasillos. A través de los cristales de la ventana cerrada penetraba la luz lívida de la noche. Esta noche había luna, una luna espectral que dibujaba extraños reflejos en el fondo de las habitaciones.

Magda estaba con todos los nervios en tensión. Aguardaba.

En su rostro juvenil se marcaban mil extrañas y diminutas arrugas, como las que se formaban a veces en el rostro de la señora Fremont.

Un observador imparcial hubiera creído incluso notar una cierta semejanza entre las dos mujeres, aunque la belleza y la juventud de Magda convertían en insignificante a la vieja señora Fremont.

De pronto, la muchacha escuchó.

Volvían a repetirse los golpecitos en el tubo del desagüe. El mensaje llegaba a través de la cañería desde los sótanos del edificio, como una serpiente que surge de las profundidades de un pozo. Las rayas y los puntos formaban un mensaje de nítida claridad para Magda, acostumbrada al alfabeto Morse: «Estoy en el segundo almacén del sótano, ala derecha. Puedes bajar, no hay peligro. Percy...»

La firma se repitió dos veces, para dar mayor expresión al mensaje: Percy...

Magda se puso en pie.

Parecía un autómata, un ser sin voluntad propia, una máquina que se guía por transmisiones eléctricas desde un lugar lejano.

Abrió en silencio la puerta. No había nadie en el pasillo interminable. Ella sabía que la zona estaba vigilada al menos por un agente, pero quizá este se había desplazado unos segundos, a causa de cualquier sonido sospechoso. De un modo u otro, el camino estaba libre.

Avanzó por él.

Se oían a través de la distancia gritos y alboroto en un lejano dormitorio colectivo. Seguramente los alumnos de primero habían organizado una batalla de almohadas. Magda imaginó al preceptor de turno corriendo de un lado para otro, lanzando amenazas e imponiendo castigos. Si el preceptor

era el viejo Home, del que nadie hacía caso, la batalla no terminaría hasta la madrugada.

Magda incluso sintió deseos de sonreír.

Le gustaba aquel ambiente, le gustaban aquellos menudos sucesos que formaban la vida y el alma del colegio. Parecía increíble que allí, precisamente allí, uno tropezara en todos los rincones con la sombra siniestra de la Muerte.

La muchacha dobló el recodo del pasillo.

Al fondo, iluminadas apenas por una bombilla de poca potencia, estaban las escaleras que descendían a los sótanos.

No se veía a nadie. La vigilancia no debía ser tan estricta como ella había sospechado; seguramente, para no inquietar a los niños, había un par de agentes en todo el colegio, y nada más.

Empezó a descender. Puso los pies en el primer peldaño, en el segundo...

Llegó al descansillo. En el descansillo había una puerta. Magda fue a gritar al ver que esa puerta se abría poco a poco.

Pero no pudo llegar a hacerlo. De pronto, con una rapidez increíble, esa puerta se abrió del todo. Una mano surgió, tapándole la boca, mientras un brazo hercúleo la sujetaba férreamente. Magda, mientras se debatía, vio oscilar sobre su cabeza una de aquellas horribles bombillas amarillas del colegio. Luego fue arrastrada, y la puerta se cerró tras ella.

* * *

La joven sabía que el que la sujetaba no podía ser Percy, por dos razones: primera porque Percy no la hubiera tratado así, y segunda porque estaba en el segundo almacén del sótano, ala derecha, y no en las escaleras, tan cerca de su dormitorio.

En el cuarto donde ahora se hallaba tan solo penetraba la luz de la luna a través de una de las ventanas. Pero esa luz fue suficiente para que Magda, al quedar libre de la presión de aquellos brazos, pudiera reconocer a Clive Sanders.

—¿Por qué ha hecho usted esto? —jadeó—. ¿Qué quiere?

—Creí que habíamos acordado que no saldría usted de su habitación —dijo calmosamente.

—Yo no he acordado nada con usted.

—Se entendía que estaba usted sujeta a vigilancia. No nos crea tan ingenuos como para dejarla ir adonde quiera.

—Usted no es nadie para someterme a vigilancia a mí.

—Soy un amigo.

La muchacha contempló aquellas facciones viriles, tal vez un poco rudas, contempló los ojos grises de extraños reflejos, y sonrió sarcásticamente.

—Yo no tengo amigos, señor Clive Sanders.

—Sin embargo, en este momento iba usted al encuentro de uno de ellos.

Magda parpadeó, confundida.

—¿Qué quiere decir?

—No ha salido de su habitación por capricho. Iba a encontrarse con alguien. Y para que usted se haya arriesgado a salir, ese alguien tiene que ser un amigo muy importante, alguien en quien usted confía ciegamente... o con el que desea tener una explicación que aclare todas sus horribles dudas.

Magda temblaba.

Los ojos grises y metálicos de Clive escrutaban implacablemente su rostro.

—¿Es Percy? ¡Hable de una vez! ¡Usted va al encuentro de Percy!

—Déjeme...

—Le estoy hablando por su bien, Magda... Métase en la cabeza esta idea: ¡solo quiero su bien! ¿Qué pretende con esta actitud? ¿Ser asesinada igual que Sally e igual que Jacqueline?

—Déjeme... Repito: ¡déjeme! No hay razón para que usted tenga alguna clase de interés hacia mí.

Se hicieron pequeños y penetrantes los ojos de Clive. Por ellos pasó como una luz lejana y triste.

—No lo comprenderá nunca —susurró—. Nunca sabrá por qué siento ese interés hacia usted, por qué desde el primer momento he sentido que su vida estaba unida a la mía. ¡No lo sabrás nunca! —añadió, cambiando de pronto el tono de su voz—Pero lo habrías comprendido enseguida, si supieras leer en los ojos de un hombre...

Magda parpadeó, confusa.

—No me vas a decir que estás enamorado de mí. No te creería, ni es este el momento.

—Nunca había querido a una mujer —susurró Clive—. Nunca hasta el instante en que te vi a ti, hasta el minuto preciso en que supe que existías y que todo lo que había soñado en mis años de soledad podía realizarse. Pero tienes razón —reconoció—; no es este el momento para hablar de lo que un hombre piensa al ver a una mujer. Ahora solo podemos hablar de una cosa, y es de salvar tu vida.

—Mi vida no corre ningún peligro.

—¿Por qué has salido de tu habitación? ¿A quién buscas?

—A nadie...

—No es este el momento de andar con adivinanzas, Magda. ¡Háblame con claridad! ¡Tú has salido a buscar a alguien que está oculto en algún lugar del colegio! Con Sally ocurrió lo mismo. ¡Iba, sencillamente, buscando a alguien, y se encontró con un cuchillo en la garganta! ¡E igual Jacqueline! Jacqueline también buscaba a alguien entre las sombras... ¡y de las sombras surgió la mano que había de degollarla!

—Tú mismo te lo estás explicando todo... —dijo Magda, sin atreverse a mirarle.

—Sí, yo mismo me lo estoy explicando todo. Solo me falta pronunciar un nombre. Solo me falta añadir que ambas buscaban a Percy.

—¿Y qué voy a decirte yo? —susurró Magda—. Si yo te dijese que busco a Percy, no me creerías.

—Sería muy difícil. Percy está muerto.

Los músculos del cuello de la muchacha se pusieron tensos al gritar:

—¡Percy vive!

—Estás loca...

—Tienes razón —musitó ella con cansancio—. Estoy loca. No debí haberle hablado de eso.

—¿Cómo sabes que Percy vive?

—Yo lo he visto.

—No voy a ocultarte que la señora Fremont cree que eres una visionaria. El doctor Kinsey también. La policía también. Quizá soy el único que piensa que tus palabras no son producto de una mente enferma. Pero hay un hecho innegable, y es que tú padeciste alucinaciones y estuviste recluida por eso durante un tiempo en una clínica mental.

—Aquello ya pasó... ¡Por Dios, aquello ya pasó! Tienes que creerme... Hubo un momento en que yo padecí alucinaciones, pero de eso hace ya tiempo y, además, salí completamente curada... Lo que ahora veo, lo veo con completa claridad. ¡Y le juro que Percy vive!

—¿Cómo puedo creerlo? ¿Hablaste con él mientras estaba en el ataúd? ¿Vivía va entonces?

—Sí.

Las manos del hombre apretaron sus brazos con fuerza.

—Magda, a ti no, te conviene explicarme eso. Si ha de perjudicarte, no lo hagas. Prefiero averiguarte por mí mismo.

—Estoy asustada, terriblemente asustada... No puedo hablar con nadie, y durante estos últimos días mi horrible secreto se me ha hecho agobiante... Si al menos hubiera podido hablar con el propio Percy, como él me había prometido que haríamos... Pero ha sido imposible. Siempre que estaba junto a él, sucedían esos horribles crímenes.

Clive comprendió que la muchacha estaba asustada y que había llegado a ese momento de insoportable tensión nerviosa en que una persona necesita confiarse a alguien, sea quien sea, para no morir, víctima de sus propias pesadillas. Él tenía su propia idea sobre todo aquello, una idea fantástica e increíble; pero ahora, casi sin proponérselo, guiada por su propio miedo, la muchacha se la iba a confirmar.

—Habla —susurró—. ¿Cuál era el plan de Percy? ¿Por qué fingió su muerte?

—Percy, por su situación en la Marina, conocía diversos secretos militares relacionados con Cabo Cañaveral. Unos secretos tan importantes

que su venta podía convertirle en un hombre rico. Pero necesitaba salir del país, necesitaba ponerse en contacto con los agentes extranjeros, precisamente fuera de los Estados Unidos. Cuando un secreto de gran importancia sale al exterior, los del C.I.A. enseguida se enteran y el hombre que ha organizado el complot es detenido, si se encuentra en el país, e incluso si está fuera. Pero hay un modo absolutamente seguro de que a uno no le capturen nunca; estar muerto...

Clive no dijo palabra. Sus ojos eran fríos e inexpresivos como dos láminas de acero.

—Percy lo preparó todo bien —musitó ella con acento desfallecido—. Durante semanas enteras practicó la técnica del yoga indio, la técnica de la inmovilidad absoluta y de reducir al mínimo las necesidades vitales. Necesitaba estar veinticuatro horas, como mínimo, quieto en un ataúd, sin poder moverse más que en aquellos momentos en que estuviera junto a él la única persona en quién podía confiar. Esa persona era yo.

—Hay un problema que no acierto a comprender cómo resolvió —dijo Clive en voz baja—: Su certificado de defunción. Si uno ve un tipo quieto en un ataúd, supondrá inmediatamente que está muerto, y no se fijará en detalles que pudieran hacer sospechar lo contrario, sobre todo si el rostro del yacente está algo retocado. Pero un médico, ¿cómo se va a engañar? El corazón del tipo que está en el ataúd latiendo, sus reflejos siguen funcionando. Hasta un estudiante de primer curso de Medicina notaría el engaño.

—Pero no si el médico forma también parte del plan —susurró Magda.

—¿Quieres decir que el doctor Kinsey?...

—El doctor Kinsey es un pobre hombre que ahora está aterrorizado por lo que hizo. Percy le explicó su plan porque no tenía otro remedio; o al menos le explicó una parte importante. El único trabajo de Kinsey consistiría en certificar la defunción; y como al mismo tiempo es médico forense, todas las formalidades legales quedarían resueltas inmediatamente. Kinsey aceptó a regañadientes cuando Percy le ofreció diez mil dólares por solo ese trabajo; empezó a entusiasmarse cuando le ofreció quince mil; y juró fidelidad eterna a Percy cuando este le entregó veinte mil dólares y le apercibió de que cualquier traición por su parte sería castigada con la muerte por los agentes de la potencia a la cual se iba a vender el secreto militar. En apariencia, para Kinsey todo iba a resultar sencillo, pero ahora está aterrorizado.

Teme que se descubra su relación con el asunto, y por eso intenta convencer a todo el mundo de que lo de Percy es pura fantasía y yo soy una visionaria. Si pudiera, me pondría en manos del verdugo para tranquilizar su miedo. Teme que yo le eche todo a rodar, y tiene razón. Pero es que ni él ni yo contábamos con esos horribles crímenes...

—Hablaremos de los crímenes dentro de un instante —susurró Clive—. Vayamos ahora por orden. ¿Quién diablos iba a sacar a Percy de un ataúd

lastrado, en una zona donde cualquiera puede encontrarse con una manada de tiburones?

—Era muy sencillo, y todo estaba calculado. La almohadilla del ataúd contenía en realidad una botella de goma llena de oxígeno, la cual le bastaría para respirar más de una hora, cuando estuviese en el agua con el ataúd cerrado. Antes de ese tiempo, un submarino extranjero lo recogería. Ese submarino había de seguir a gran distancia al buque de guerra que transportaba el ataúd, fijándose bien en el punto de lanzamiento. Una hora de búsqueda era más que suficiente para sacar a Percy de allí. Y como él llevaba encima los planos secretos, todo se habría resuelto de la manera más limpia. Parece un plan complicado y, en el fondo, era maravillosamente sencillo.

—Hasta aquí está bien —musitó Clive—, pero luego empieza el reino de lo absurdo. ¿Qué tienen que ver con esto Sally y Jacqueline? ¿Por qué Percy ha aparecido en esta zona, en lugar de largarse con el submarino?

—Sí —musitó Magda, con la cabeza hundida sobre el pecho—, el reino de lo absurdo empieza aquí, aunque la intervención de Sally y de Jacqueline era lógica. Para que nada fallase en el plan, estaba previsto, incluso, que el submarino fuera localizado y hundido, cosa muy probable, sobre todo en aguas jurisdiccionales de los Estados Unidos. O que fuera simplemente avistado, con riesgo de detención. En tal caso. Percy debería ser desembarcado al norte de Nueva York, precisamente en esta zona, y el submarino seguiría su curso. Los secretos que Percy transportaba eran demasiado importantes para exponerse a perderlos en un submarino localizado. Y eso es lo que, sin duda, ocurrió. El sumergible fue descubierto por los Servicios de Seguridad, y el capitán creyó más prudente desembarcar a Percy, antes de intentar zafarse de la persecución que se avecinaba.

—¿Por qué se eligió esta zona?

—Porque es accesible a los submarinos, con aguas profundas en todo el litoral. Y porque, además, solo hay dos edificios: este colegio y un hospital semiabandonado. Dos sitios donde a nadie se le ocurriría buscar.

—¿Qué tenía que hacer Percy, luego?

—Ocultarse y esperar que un agente extranjero le ayudara a pasar la frontera del Canadá.

—Sally y Jacqueline, ¿eran enlaces?

—Exactamente. Ambas pertenecían a los servicios de espionaje de la potencia que estaba en tratos con Percy, aunque su categoría era insignificante: simples aprendices de espías, por decirlo así. No obstante, podrían realizar bien la misión de enlace. Jacqueline, por su cargo en el colegio, podía ocultar perfectamente una persona dentro del edificio. La presencia de esa persona, es decir Percy, tenía que serle advertida por Sally, quien sabría que las cosas no habrían marchado bien si no aparecía en el *New York Herald* un determinado anuncio. Como ese anuncio no apareció,

ella fue al colegio y se puso en contacto con Jacqueline. La misión de Sally terminaba al localizar a Percy, y eso fue lo que trató de hacer la noche en que la mataron. Es ahí, precisamente, donde empieza el reino de la locura.

—¿No se asustó Jacqueline?

—Claro que debió asustarse, pero ella tenía que acabar de cumplir su misión. Percy debió advertirle de algún modo que estaba en el hospital, y ella fue. Entonces la mataron...

—¿Qué intervención tienes tú en todo esto? ¿Hasta qué punto conocías el plan?

—Yo lo conocía hasta en sus menores detalles.

—¿No le dio Percy demasiadas explicaciones? Los espías no suelen ser tan confiados.

—Percy me quería... Deseaba que nos casáramos poco después, cuando él hubiera cambiado de nombre en el extranjero. Yo... yo sabía que todo aquello estaba mal, pero Percy fue el único hombre que me ayudó, el único que creyó en mí cuando yo salí de la clínica mental, encontrándome sin trabajo y con fama de ser una trastornada... Yo creía en él, creía en sus palabras. Hubiese rechazado, horrorizada, el plan, si en este hubiera tenido que haber una sola víctima, pero no debía derramarse ni una gota de sangre... Además, Percy me decía que todo aquello ayudaba a la paz, y yo comprendía que era cierto. La paz se mantendrá mientras los dos grandes bloques que hoy dominan el mundo estén equilibrados. Cuando uno de ellos se sienta superior al otro, puede dejarse llevar por la locura de la guerra. Me convenció... No tenía que derramarse una gota de sangre, Clive, te lo juro... ¡Dios mío! Tuve interés en entrar en este colegio porque así estaría cerca de Percy. Kinsey me ayudó. En realidad, lo que quería era que le dejásemos en paz. Pero no empezó a estar realmente aterrorizado hasta que sucedió el primero de esos espantosos crímenes...

Clive se mordió el labio inferior. Pareció vacilar unos segundos, y luego apretó con más fuerza los brazos de la muchacha.

—Magda... Esto es una confesión completa. No voy a utilizarla contra ti porque conozco la intención que te llevó a este momento trágico que los dos vivimos. Pero tú sabes que Percy está en el colegio... Y tú sabes que esos crímenes solo pudo cometerlos él... ¡EL...!

La voz de Clive había sido ronca. Sus manos estrujaban los brazos femeninos. Magda se estremeció.

Él no puede haber sido. Percy, aun cuando no lo creas, es una buena persona. Es incapaz de matar a un insecto.

—Lo conozco desde hace muchos años, Magda, y sé que en el fondo tiene un gran corazón. Me parece increíble que él pueda asesinar a sangre fría a dos pobres muchachas. Pero es que un hombre puede volverse loco, Magda. ¡Puede volverse loco! ¿Sabes tú lo que significó para él la prueba terrible del ataúd? ¿Sabes tú las nubes de sangre que pudieron pasar por su mente torturada? ¡El Percy que nosotros conocimos ya no existe, Magda!

Ahora es... ¡un asesino!

—Aun cuando lo fuera... a mí no me haría daño. Pudo matarme dos veces y no lo hizo. Una en el cementerio abandonado de los marinos. Fui allí porque habíamos acordado que ese sería un punto eventual de reunión, y lo vi a través de una ventana, aunque me fue imposible hablar con él. En cambio, él sí que me habló. Me dijo que me alejara porque había peligro. ¿Crees que no hubiera podido matarme entonces, si lo hubiese querido? ¡Estábamos solos en el cementerio los dos!

—Puede que quisiera advertirle contra sí mismo —musitó Clive—. Puede que él sintiera la nube de sangre pasar ante sus ojos, pero conservase aún un atisbo de razón... y quisiera saberte lejos cuando sus manos empuñaran el cuchillo.

—No es posible... No es posible y le diré por qué. Percy y yo estuvimos solos otra vez, en el quirófano número tres del hospital. Él estaba quieto en una de las mesas, parecía dormir... Pero tuvo que darse cuenta de mi presencia. Si hubiese querido entonces... también habría podido matarme.

—Es posible que no te viera, Magda. Entra dentro de lo posible que estuviera dormido, sabiéndose seguro allí. Los hombres que han de vivir ocultos no duermen ni comen cuando quieren, sino cuando pueden... Es posible todo esto, Magda; Pero ahora Percy no podrá perdonarte. Si te atrae hasta los sótanos del edificio es para matarte... ¡para realizar contigo el horrible trabajo que realizó con Jacqueline y con Sally!

Magda se estremeció otra vez. Su estremecimiento se transmitió a las manos del hombre.

—Necesito hablarle... Percy solo puede confiar en mí. Deja que le hable, y entre los dos encontraremos una solución.

—Deja que le hable yo. Yo soy un amigo.

Pero eres también un hombre encargado de perseguirle.

—Solo en cierto modo, Magda. No hay ninguna acusación contra Percy, puesto que se le supone muerto. Aún estamos a tiempo de remediarlo todo, si me dejas hablar con él. Tú sabes dónde está. ¡Dímelo y le salvarás! ¡Por Dios, habla!

Magda le miró. Había sinceridad en los ojos grises, pero ella sabía que la Ley es implacable, aunque los hombres sean comprensivos. Sabía que Clive iba a ayudar a Percy, pero primero tenía que ser ella quien le hablase. Tenía que ser ella la que trazase un plan con él, aunque corriera un peligro de muerte.

Sabía que Percy estaba en el segundo almacén del sótano, ala derecha. Sus labios tuvieron una sonrisa imperceptible al decir:

—Está en el primer almacén del sótano, ala izquierda.

Era el otro lado del colegio. Ella podría hablar tranquilamente con Percy mientras Clive lo buscaba. Estarían solos, absolutamente solos los dos...

—Aguárdame aquí... —susurró Clive—. Aguárdame aquí y no te

muevas. ¡Por Dios, no te muevas!

Magda seguía sonriendo imperceptiblemente.

En sus ojos serenos había como un recóndito dolor.

—No me moveré —mintió.

Clive le acarició nerviosamente el cabello durante un segundo, un febril, extraño e interminable segundo. Luego salió de la habitación y se oyeron sus pisadas suaves descendiendo hacia los sótanos.

Magda, al cabo de unos instantes, cerró los ojos, tragó saliva y salió también.

TRECE

La puerta del segundo sótano estaba entornada. Una luz débil, muy débil, brillaba en el interior.

Magda se acercó, sintiendo resonar sus propios pasos en la parte posterior del cráneo.

No quería confesárselo ni darse cuenta de ello, pero estaban erizados los cabellos de su nuca.

Empujó la puerta.

Poco a poco.

Muy poco a poco.

La luz fantasmal —una de las eternas luces amarillas— iluminaba los cien cachivaches que se guardan en un colegio, por si alguna vez vuelven a ser útiles: bancos a medio reparar, pizarras rotas, globos terráqueos despintados... Y sillas, varias sillas puestas en círculo, como para una sesión espiritista. En una de esas sillas, sentado, estaba Percy.

De espaldas a ella. De espaldas a la luz, que alumbraba directamente sus cabellos y su nuca.

Magda jadeó:

—Percy... Percy...

Se abogaba. Era lo mismo que habían dicho Sally y Jacqueline antes de morir. Sus labios temblorosos repitieron una sola vez:

—Percy...

Estaba junto a él.

Hizo un gesto, volvió el sillón rotatorio donde él descansaba, y entonces la luz dio en su rostro: dio en sus ojos, en su boca. Lo vio cómo no lo había visto ni en el cementerio tenebroso ni en el quirófano a oscuras. Lo vio claramente, como se ven las pesadillas.

Y Magda lanzó un angustioso grito de horror.

* * *

La luz amarilla daba sobre la boca exangüe, sobre los ojos vidriosos. Sobre su rostro ya apergaminado y sobre su cuello, que había sido disecado a toda prisa. Era el mismo que ella vio las dos veces anteriores pero no era el mismo porque ahora estaba bajo la luz. Su horror tenía mil reflejos, mil detalles estremecedores que solo la luz podía revelar. Porque lo que ahora tenía Magda ante los ojos era una momia de varios días.

¡Una momia!

¡Un cadáver embalsamado y preparado para que su rostro durase años

enteros!

Su garganta se rompió en un sollozo, en un estertor. Sus labios, que de pronto habían quedado sin sangre, solo pudieron pronunciar un nombre:

—Percy...

¡Y de pronto Percy habló!

Su voz llenó la habitación, repitiendo las palabras que ella oyera en el cementerio, a través de la puerta. «No te acerques... Hay peligro... No te acerques...»

Magda quedó tan aterrorizada que ni siquiera pudo lanzar un grito.

¡Aquella voz tan semejante a la de Percy estaba grabada en cinta magnetofónica! ¡Percy ya era un cadáver cuando ella lo oyó!

Una risita queda, silenciosa, se escuchó a su espalda.

Magda se volvió poco a poco, con una exasperante lentitud, sintiendo el horror como una mano fría en su nuca. No necesitó mirar el monumental cuchillo para sentirlo ya casi en su carne. No necesitó fijarse demasiado en aquel rostro, contraído satánicamente, para reconocer al doctor Kinsey.

—Bonita sorpresa, ¿verdad? —jadeó Kinsey con voz ronca—. ¿No imaginabas que esto pudiera llegar a suceder? Yo era el pobre cómplice a quién se despacha con un puñado de dólares... ¡Imbéciles! Conocía todo el plan de Percy y quise llevarme yo la parte del león... Solo necesité alquilar una lancha motora, un equipo de buzo y un ayudante al que luego eliminé de una cuchillada al corazón... Llegué antes que los imbéciles del submarino, quienes no pensaban más que en no ser localizados... Saqué a Percy del ataúd, le corté el cuello antes de que pudiera moverse, y envié la caja de nuevo al fondo. En un bolsillo de Percy estaban los documentos... Obtendría por ellos lo que quisiera. Los mismos que estaban dispuestos a comprárselos a él, me los comprarían a mí... —jadeó de nuevo, con voz más ronca—. Tenía que llevarme el cadáver para que cuando los del submarino abrieran el ataúd creyeran que Percy les había engañado. Lo transporté al cementerio abandonado, lo embalsamé valiéndome de mis conocimientos de médico forense, y me dispuse a emplearlo para crear el terror... Los extranjeros tenían que creer que Percy se había vuelto loco, que eliminaba a sus propios cómplices... Y eso me daría un margen de seguridad de un par de semanas, hasta que pasara el momento de efervescencia de los agentes extranjeros, que querrían averiguar lo que había detrás de aquella burla. Cuando más desorientados estuviesen, trataría con ellos e impondría mis condiciones... Por eso no te oculté la presencia de Percy... ¡un Percy que ya no podía verte! ¡Tú dirías a todos que él había cometido los crímenes, y el hecho de que tuvieras fama de visionaria aún complicaría más las cosas, alejándome a mí de toda sospecha! ¡También quedarían eliminadas Sally y Jacqueline, dos mujeres que un día podrían delatarme! Y ahora solo faltas tú... Tú eres la única persona en el mundo que ahora sabe que yo estaba relacionado con el caso Percy...

Levantó el cuchillo. Llevaba un traje oscuro, igual que el del cadáver. Tras su mirada vidriosa palpitaba la muerte. La hoja de acero brilló bajo la luz amarilla...

CATORCE

Fue en aquel momento, cuando el puñal iba a descender sobre el cuello de Magda, cuando todo pareció desmoronarse.

La luz osciló a causa de una brusca corriente de aire. Se oyó un rugido en la habitación. Kinsey se volvió con la velocidad de un reptil, y dos puños de acero se abatieron entonces sobre su cuerpo.

Los impactos resonaron en el sótano como dos detonaciones. Kinsey lanzó un grito de dolor. Un tercer golpe, ahora al mentón, lo envió contra una de las paredes.

Magda se llevó los puños a la boca, ahogando un grito de sorpresa al ver que era Clive Sanders el que le había salvado la vida.

Kinsey se revolvió. No era flojo, y ahora le dominaba una rabiosa desesperación. Avanzó, moviendo el cuchillo en zig-zag, y Clive hizo una hábil finta, sujetándole la mano derecha. Intentó retorcérsela y Kinsey le aplicó un traicionero rodillazo en el bajo vientre.

Clive se estremeció de dolor, ahogando un gemido. Tuvo que soltar su presa.

Fue ese el momento que Kinsey eligió para su ataque definitivo. Con la velocidad del rayo, alzó su cuchillo. Clive lo vio venir sin un parpadeo, sin una vacilación. Detuvo el golpe con su antebrazo, le propinó uno con el canto de la mano al cuello de Kinsey y lo hizo doblarse, estremecido de dolor. Un segundo después, le aplicaba el más definitivo que le habían enseñado en la Marina: el golpe con ambas manos unidas bajo el tabique nasal. El terrible impacto que repercutía en el cráneo de cualquier hombre, causándole la muerte.

Kinsey se estremeció al recibirlo. Aulló de una manera gutural, extraña. Pareció durante unos segundos como si tuviera en la boca un burbujeo de agua. Luego quedó rígido, inmóvil.

Definitivamente inmóvil.

Clive recibió en sus brazos a Magda, que por fin podía llorar. Una Magda estremecida, que sollozaba angustiosamente.

—Supe que no me decías la verdad, muchacha... —susurró él—, y que me enviarías al lado opuesto de donde estaba Percy. Por eso vine aquí, aunque el no conocer perfectamente el edificio estuvo a punto de hacerme llegar un segundo demasiado tarde... Pero ahora todo ha terminado, Magda. Todo quedará aclarado dentro de unos instantes. Y una nueva vida se abrirá para los dos.

Salieron, subiendo poco a poco por las escaleras. Magda lloraba aún.

—Una nueva vida para los dos —dijo Clive, acariciando sus cabellos

—. Todo empezará de nuevo cuando tú aprendas otra vez a sonreír, Magda...

Ella le miró.

Estaban en el piso superior, y se oía el estrépito en el dormitorio colectivo de los alumnos de primer curso.

—Van a acabar con el preceptor... —susurró Clive—. Pobre hombre, tendrá que pedir el retiro...

Magda pensó en los muchachos batiéndose hasta el alba en una terrible batalla de almohadas, mientras el viejo preceptor, sentado en el suelo, rendido, era incapaz ya de hablar, limitándose a tragar las plumas que volaban por el aire.

Y Magda volvió a sonreír...

F I N

4.000 años de piratería



¡Fascinantes historias de los piratas! Morgan, "el terrible"; Avery, "el afortunado"...

Bandera negra, libertad y sangrientos abordajes.

Pero detrás de la leyenda, con su perfume de brisas tropicales, hubo algo más: unas causas políticas, unos códigos, unas consecuencias históricas.

En estas páginas, junto a las aventuras apasionantes, encontrará usted todo lo que de la piratería generalmente se silencia.

MARABU ZAS

PEQUEÑOS LIBROS DE GRAN CONTENIDO



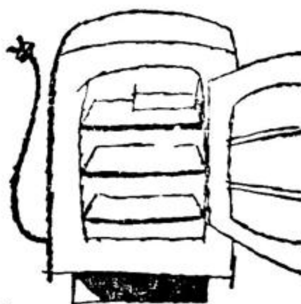


Tenemos invitados

Elisabeth Lange

¿Se atreve usted a formular una invitación en cualquier momento, y a cualquier persona o a cualquier número de personas, con la seguridad absoluta de "quedar bien"?

Si no es así, necesita nuestra ayuda. Lo hemos previsto todo: desde la comida íntima a la gran recepción, desde el convite improvisado a la "garden party", desde la colocación del servicio de mesa, a la decoración de la sala de baile. Y nunca olvidamos su bolsillo.



Tener invitados va a ser, en adelante, la base de su éxito personal.

MARABU ZAS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. impreso en España - Printed in Spain